

Capítulo 5

Crónicas de víctimas

Carol Malaver Sánchez*

* Periodista, magíster en Creación Literaria. Subeditora de la Sección Bogotá del periódico *El Tiempo*.

Crónica 1. “Muchos transportadores vieron a su empresa consumirse entre las llamas”

Ramiro del Cristo nació el 11 de marzo de 1961 en el municipio de Chinú (Córdoba), dice que tuvo una niñez cómoda y que apenas terminó su secundaria se puso a trabajar.

La primera oportunidad que encontró fue en la empresa Torcoroma, una cooperativa especializada en transportes. Eso fue en el año 1986. Hoy sigue vinculado a la empresa, no solo porque trabajó allí la mayor parte de su vida, sino porque adelanta los trámites para su pensión y soporta un problema visual que lo mantiene en condición de discapacidad. “Sufrí de una especie de derrame, se me subió la presión ocular y eso me afectó mucho la vista”.

Su trabajo fue una tarea ardua que le dejó muchas secuelas, también recuerdos que no olvidará, como cuando trabajaba como transportador en una empresa privada. “Yo era muy joven, tenía 22 años. Recuerdo que durante los viajes teníamos que lidiar con grupos subversivos. Trabajábamos en zona roja”.

No era para menos, en sus recorridos viajaba por Carmen de Bolívar, siempre lidiando con las secuelas del conflicto armado. Ramiro dice que la peor época fue desde el 2005 en adelante. “Fueron muchas cosas duras las que tuvimos que padecer, nos jodían la vida, nos paraban, nos retiraban. Los teníamos que tratar como si fueran la autoridad y permitir que nos hicieran requisas”.

Sabían que el frente al que le tenían que rendir pleitesía era el 37 de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC). Trabajaban con el miedo a cuestras porque ya sabían de las quemaduras en carretera, hasta que un día le tocó turno. “Lo que me sucedió a mí fue en la mitad del camino entre el Carmen de Bolívar y Ovejas.

Recuerdo mucho que íbamos en el carro de mi jefe. Veníamos desde Barranquilla”.

En horas de la tarde, en El Palmar, los atacaron. Los siguieron hasta llevarlos obligados a los Montes de María buscando internar a los inmensos vehículos entre trochas y maraña. Ramiro recuerda que incluso algunos puentes no soportaban el peso y que en ese momento los obligaban a bajarse de los vehículos. “Cuando eso pasaba nos tiraban a un lado y nos gritaban que iban a quemarlo todo con dos bombas que iban a explotar”.

Ese día, mientras esperaban el sonido de la explosión, alcanzaban a escuchar un discurso con tono ideológico. “No entendíamos muy bien porque estábamos retirados pero hablaban mal de la empresa y de una extorsión que esperaban lograr”.

Y así fue que en medio de las llamas Ramiro vio cómo el capital del hombre que le había dado trabajo se desvanecía en cuestión de minutos. Esta misma suerte la sufrieron muchos de sus compañeros. “Nosotros escuchamos todo desde la montaña a donde nos habían llevado. Nos dijeron: a este carro le vamos a poner unas bombas. Eran como una especie de balones”.

Todo acababa en medio de una desolación inexplicable. “En mi época hubo bastantes quemas, eso era bravo, por allá en el municipio de Ovejas. Incendiaban los buses. La guerrilla era la que mandaba en la zona”.

Estos ataques no solo dejaban sin trabajo a los conductores, sino en quiebra a los dueños de las empresas transportadoras y a la vez minaban la confianza de nacionales y extranjeros para recorrer el país por sus carreteras. “Esa situación que viví me dejó traumatizado. Luego me daba miedo salir, duré como un año y medio sin trabajar. Muchos transportadores vieron a su empresa consumirse entre las llamas”.

El ataque también causó estragos en la familia de Ramiro. “Imagínese, yo sin trabajo, viendo cómo mi esposa y mis hijos pasaban penas. Pasamos por muchas necesidades”.

No era fácil retornar al trabajo. Las noticias no paraban de reportar casos en la misma ruta en donde los vehículos del jefe de Ramiro habían sido explotados, sino también entre los municipios de San Juan, San Jacinto y El Carreto.

Todos esos episodios de violencia marcaron la vida de Ramiro, por eso es partidario de la paz. “Aquí la cosa ha cambiado ciento por

ciento. Nos sentimos más seguros, mis compañeros ya no trabajan con ese pesimismo de antes, con ese miedo a que nos secuestrara la guerrilla”.

Dice que ha sido testigo de cómo muchos campesinos han podido volver a sus tierras a cultivar. “Yo estoy viviendo en Chinú con mi esposa y mis dos hijos. Aquí también cesó la violencia, el Gobierno y las Fuerzas Militares nos han ayudado mucho. Y lo mejor, el temor ha ido desapareciendo”.

Ramiro pasa sus días, desde hace dos años, con algunas carencias y dolores desde que enfermó, esperando la anhelada pensión de años de trabajo duro, esperando a que la última etapa de su vida transcurra en un país en paz.

Crónica 2. El pueblo candado

En Chalán, un pueblo del departamento de Sucre, ubicado a 54 kilómetros de Sincelejo, no pasada nada. Los días transcurrían en medio de una tranquilidad que hasta aburría. Así hablan muchos de sus moradores.

Adolfo Álvarez Sierra, nacido y criado en este municipio, músico empírico y comerciante, trata de recordar cómo era su pueblo antes de que saliera del anonimato por culpa de un burro bomba, un dúo de palabras que aún, en nuestros días, es difícil de asimilar.

La llegada de la violencia era una frase que solía escucharse, pero que a pesar de las noticias no fue una realidad durante muchos años en Chalán. Por eso recuerdan cuál fue la primera incursión guerrillera en 1993. “Era de noche. No sé muy bien la fecha. Solo había 6 policías en el comando pero lograron que los guerrilleros se retiraran. Un comandante de la guerrilla murió en el enfrentamiento”.

Para ese momento, ya cursaban varias investigaciones para determinar en qué condiciones de seguridad estaban las 24 estaciones y las cuatro bases de patrullajes localizadas en Sucre. Todas sufrían el acoso de los grupos guerrilleros y se decía que de estas solo cuatro podían resistir un ataque de los grupos al margen de la ley.

La calma se mantuvo por tres años, más hasta que las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) comenzaron a hacerse sentir en el territorio. Los pobladores sabían que estaban cerca pero nunca los veían por las calles, ni caminando entre la gente, hasta el

año 1995, el 2 de diciembre cuando todos se preparaban para la Navidad. “Ese fue un primer intento de toma. Era de madrugada, las 3 de la mañana, pero no fue por mucho tiempo, fue como si quisieran anticiparnos algo de lo que nos iba a pasar, solo que nunca pensamos que fuera de esa calaña”.

El burro bomba

Un estruendo que sacudió a todo el municipio el jueves 12 de marzo de 1996 a eso de las 6:45 de la tarde fue el símbolo de que la violencia había pisado el suelo de Chalán. En un burro cargado con hierbas, la guerrilla camufló 60 kilos de dinamita.

Dicen que fue un hombre con sombrero, que hacía monerías para ocultar su rostro, quien condujo al animal desde la calle real, pasando por el 11 de noviembre, hasta la plaza, donde también estaba la Estación de Policía.

La carga explosiva destruyó el comando, la escuela y el hospital. Las llamas consumieron los días felices de este pueblo. Once policías murieron, pero luego los medios de comunicación decían que la onda había matado a 7 y que el resto habían sido torturados, rociados con gasolina y quemados por miembros de los frentes 35 y 37 de las FARC. Fueron unos 100 guerrilleros los que se tomaron el pueblo.

Ese día, Adolfo estaba con su mamá, su esposa y una niña. “Cuando escuchamos la explosión lo único que hicimos fue tirarnos al piso y arrastrarnos por el suelo para cubrirnos del fuego cruzado entre la guerrilla y los pocos policías que quedaron dentro del comando”. Todo ocurrió entre las 7 de la noche y la 1 de la mañana. Solo dos horas después, llegaron refuerzos de la Policía.

Los agentes entraban a las casas de los lugareños buscando guerrilleros escondidos pero lo único que encontraron fueron familias atemorizadas por la barbarie del ataque. Hablaban entre ellos con voz entrecortada: “Nos mataron a 11 compañeros”.

Ese día los pobladores se salvaron de la muerte pero la herida quedó abierta en el municipio. Las imágenes de los cuerpos consumidos por las llamas fueron el símbolo del terror. La sensación de seguridad de antaño había desaparecido. “Ahí se los dejamos para que se los coman”, les dijeron los guerrilleros a los residentes cuando se marcharon.

No más de 50 familias se quedaron en el pueblo, las pocas casas permanecían cerradas. Fue por eso que durante mucho tiempo el municipio fue llamado ‘el pueblo candado’.

La zozobra

Los años después del ataque fueron los más duros de la historia de Chalán. Los habitantes vivían atormentados porque comenzaron a aparecer hombres extraños. “En abril de ese mismo año, no se sabe si los paramilitares, llegaron a las casas preguntando cosas, buscando supuestos colaboradores de la guerrilla”.

En los días siguientes, la noticia fue el asesinato de un matarife muy querido en el pueblo. “Mataba cerdos y ganado. Cuentan que llegaron a su casa y que se puso tan nervioso por las preguntas que lo asesinaron”. También mataron a un concejal que vivía con su esposa, según dijeron, por ser colaborador de la guerrilla.

Era una época en la que regalar un vaso de agua podía ser una sentencia de muerte. Los lugareños no sabían qué hacer, los miembros de guerrillas y autodefensas llegaban a pedir esos favores, decirles que no a cualquiera era pecado. Luego del burro bomba pasaron incluso a ser señalados como un pueblo cómplice del ataque.

Lo cierto fue que después de esa noche la guerrilla de las FARC había ganado poder en el territorio. “Poco a poco se dejaban ver en el pueblo a pesar de que se asentaron en las montañas”. Esta situación se acrecentó por la ausencia del Estado, la carencia de justicia y aún más por llevarse a la policía de los pueblos, como sucedió en Colosó (Sucre) durante 7 años. Fue el caldo perfecto para que la guerrilla se fortaleciera, para que caminaran con autoridad, para que obligaran a pueblos enteros a cumplir las leyes a su manera.

Quien no cumpliera con su voluntad era fusilado. “Cada muerte comenzaba con un rumor, con el cuento de cómo habían ajusticiado a la víctima, luego solo encontraban los cuerpos tirados en cualquier lugar. Eso pasó hasta el 2002 cuando asesinaron al padre”, contó Adolfo.

El párroco del municipio de Chalán (Sucre), José Luis Cárdenas Hernández, fue asesinado. Los medios locales registraron la noticia. Varios hombres armados habían llegado a la puerta de su casa, cuando

salía a trotar. En esa época, el comandante de Policía de Sucre, coronel Norman León Arango, atribuyó el crimen al Frente 35 de las FARC y que el sacerdote no había denunciado amenazas en su contra.

Nunca se supo a ciencia cierta quiénes fueron los perpetradores del hecho, pues un vocero del Frente 35 de las FARC dijo que no habían sido los autores del asesinato. El cuerpo del Padre fue llevado a Ovejas (Sucre), de donde era oriundo, y luego trasladado hasta la catedral San Francisco de Asís, de Sincelejo. “Esa muerte fue muy extraña. Era un padre que nombraron aquí y de planta en Chalán. Antes solo venían de otros lados”. Pese a ese comunicado, el pueblo siempre creyó que lo había matado la guerrilla.

La verdad

21 años después de la tragedia los habitantes de Chalán quieren escuchar la verdad de la boca de los jefes guerrilleros. Dicen que eso es lo menos que esperan después de un proceso de paz.

Aceptan que durante años estuvieron a merced de la guerrilla pero que fue por la misma ausencia del Estado. “No tuvimos otra opción que regirnos a lo que ellos dijeran”. Según los lugareños, la presencia de este grupo era tal que la llegada de las autodefensas fue escasa. Tan solo algunas muertes y grafitis en las paredes se les atribuyeron.

Durante esos años, los que querían aspirar al algún cargo tenían que hablarse con la guerrilla, reunirse con ellos, eran los que mandaban. Muchos concejales y funcionarios de la alcaldía murieron en manos de este grupo. “Un señor que era secretario de educación lo mataron aquí. En Alemania (Sucre) asesinaron a dos concejales durante el conflicto”.

La autoridad pisó tierra de Chalán solo hasta el 2002. Primero llegó la Armada Nacional y luego la Policía. “De hecho, cuando mataron al padre llegó la marina. Ese mismo día la guerrilla se fue hacia las montañas. Luego empezaron los combates y las capturas”.

En el pueblo hubo momentos difíciles, enfrentamientos y atentados. En una ocasión detonaron una bomba en el parque. Dos Infantes de Marina murieron. La guerra fue tan cruel que la guerrilla instalaba minas alrededor de la plaza principal. También atacaban desde

la montaña. Las FARC estuvieron internadas en el monte durante dos años, también los militares hacían presencia en un campamento.

Confiar en las Fuerzas Militares fue un proceso que tardó meses. Muchos civiles cayeron en las redadas por sospecha de ser colaboradores de la guerrilla, hoy algunos han recibido indemnizaciones porque no les pudieron comprobar nada.

Fue con las brigadas de salud, los acompañamientos a los adolescentes y a la juventud y los eventos culturales y deportivos que la comunidad volvió a confiar en la fuerza pública. Fue como si todo estuviera volviendo a la normalidad. “Lo único que queríamos para nuestro pueblo es que retornara la tranquilidad y que se reactivara la base de nuestra economía que es la ganadería. Todo ese se deterioró por culpa de la guerrilla”.

Cuando las FARC comenzaron a quitarles las herramientas a los finqueros muchos de ellos se marcharon para otras tierras, eso también provocó que decenas de campesinos se quedaran sin trabajo. Algunas haciendas empleaban hasta 40 trabajadores. Tampoco fueron buenos años para los agricultores porque el miedo les impedía ir a las montañas a trabajar en la siembra de tabaco, maíz, yuca, ñame, ajonjolí y arroz. Hoy eso ha cambiado, los campesinos volvieron a los cerros, pero le piden al Estado que no permita que esa historia se vuelva a repetir.

Los habitantes de Chalán saben que la guerra les dejó años de atraso. Es como si hubieran quedado detenidos en el tiempo, o peor, con vías destrozadas, casas a medio caerse y con el lastre de la corrupción, que ellos dicen, es el nuevo enemigo que hay que derrotar.

Chalán ya no es un pueblo candado, pero necesita de todo: vías, educación. Su alcaldía lleva 15 años en construcción y aún no se ha terminado, ese es un ejemplo de las consecuencias de la corrupción, del robo de los recursos públicos, todo eso mientras los jóvenes, el futuro del pueblo, se consume en el consumo de drogas.

Crónica 3. “Así como cargaba mi mochila, así cargaba la muerte a cuestas”¹

“Algún día lo quiero ver así, como todo un infante de marina”. Ese es el primer recuerdo que José Puche tiene de niño en las playas de Coveñas. A su padre, la fascinación por la labor de los oficiales lo llevó a tener a muchos de ellos como amigos.

Entonces, al niño de barrio, al que creció corriendo por las calles de Montería (Córdoba) y ayudando a su padre en el oficio de mecánico, le quedaron sonando todas las historias que escuchaba cuando los oficiales de todos los rangos de la Armada Nacional le llevaban los carros de la Base a que les hiciera ajustes. “Mi padre tenía una fascinación por las armas”, contó.

Pero en su adolescencia fueron otras las razones por las que decidió enlistarse. “La situación económica era muy difícil en mi familia, entonces, me fui para la Armada. Yo solo tenía diecisiete años, no había terminado el bachillerato, y me dejaron entrar porque mi padre tenía conocidos allá. Eso fue en el año 1998”.

Le dolía alejarse de la tierra que lo vio nacer, por eso, pensó que si hacía un curso para suboficial, cada dos años, iba a estar en una parte diferente del país. “Yo tenía este lema: de aquí de los Montes de María si no salgo muerto, salgo pensionado”. La vida de militar se la tomó con humor, era la única forma de hacerle el quite a la adversidad, la misma que lo hizo ver masacres perpetradas por guerrilleros y autodefensas, en la tierra que más amaba.

Ir del batallón a la casa era un riesgo inminente de encontrarse con el enemigo de frente, entonces, armaban toda clase de estrategias para no toparse con la muerte. Málaga, Palenque, Turbaco, Arjona, Cartagena. Ninguno se salvaba, en todos se corría riesgo. Los militares eran blanco de grupos armados ilegales. Llevar a los militares hacia el casco urbano era una tarea difícil. “Yo sabía que algún día me iba a tocar. Así como cargaba mi mochila, así cargaba en peso de la muerte a mis espaldas. Uno se familiariza con eso, todos los días”.

1 Crónica publicada originalmente por Malaver, Carol y otros (2017). *Protegiendo el azul comprendí el rojo de la Bandera*. Bogotá, Universidad Santo Tomás, ISBN 978-958-782-023-2 e-ISBN 978-958-782-024-9.

José Puche nunca le contaba a su madre ni a sus hermanos menores dónde se encontraba, ni qué hacía, sentía pavor de ponerlos en riesgo, cada visita era intempestiva, era la única forma de protegerlos. “Por qué estás así de flaco hijo”, eso le decía ella cuando lo veía llegar con su rostro demacrado. Él callaba, incluso, si antes había tenido que soportar horas, en el costado de una carretera, aguantando todas las inclemencias del clima, luego dos o tres horas montados en un camión hasta llegar al batallón, y de ahí tener la suerte de entregarlo todo sin problemas, no podía faltar ni un cartucho, luego venía en anhelado permiso o la negativa del mismo, que era peor. En esa escena venían muchas peleas, la desesperación hacía estragos. “Siempre me acuerdo de lo que me dijo un suboficial: mis hijos, que mi Dios los bendiga porque huelen a formol. Eso fue cuando salimos de la base de Coveñas”.

Ese pedacito de historia

Muchas, muchas masacres, muchas. Así describe José Puche al El Salado (Bolívar), la tierra en donde su vida, como la conocía, se acabó. Ese día lo separaron de Miguel Ángel Ortega. “Las compañías las dividieron, quedamos en secciones diferentes”, dijo, pero, como unidos por el destino, los dos terminaron el mismo día, a la misma hora, en el mismo cerro.

Los soldados que los acompañaban eran inexpertos, entonces, José era el comandante del cerro, el de las comunicaciones. “Yo tenía que organizar la guardia, él, mi amigo, tenía que organizar las bajadas al pueblo. Los dos estábamos encargados del cerro”.

Mientras que Miguel podía dormir horas enteras sobre su hamaca tendida en una carpa, José temía que el enemigo lo cogiera sin pantalón y camisa. “Yo siempre estaba a la defensiva. Pensaba: y si me secuestran me voy sin camisa, y si me matan quedo sin camisa... Yo siempre tenía mi chaleco puesto”, contó. Así pasaron muchos días, hasta que llegó el hostigamiento y ellos solo pudieron responder con la ráfaga de tiros de su ametralladora.

Ellos dos, cuatro reclutas, otros seis por allá, y así, rodeados de un cerro de verdes intensos que bordeaba a El Salado, llegaron uno a uno los días infernales. “Una vez, un sargento fue a detonar un cilindro

que encontró y por allá lo levantaron a plomo, le tocó salir corriendo, luego nos vieron a nosotros y nos levantaron a nosotros también”.

La estrategia que siguió al ataque fue reunir al personal, llegar a la colina donde estaba más cerca el enemigo y ‘cranearse’ una operación de asalto. “Así fuimos con ocho infantes de marina y el sargento. Él me dijo: tú vas a tener el mando de estos muchachos y se me van por acá bien escondiditos y yo me voy por otro lado. Duramos cuatro días ahí, en la zona, tirados, quietecitos ahí, no pasó nada. La idea era esperar a que la guerrilla pasara, se había filtrado información”.

La espera fue interminable, pero al final decidieron tomar otro camino. “El sargento Perdomo me dijo: Puche, qué hacemos, y yo le dije: mi sargento, pues si la montaña no viene a Mahoma, Mahoma puede ir a la montaña, entonces me preguntó: ¿para dónde vamos, para allá o para allá?, yo le dije: por allá, se ve como más bonito”.

Media hora después de esa decisión, estaban frente a frente con la guerrilla. El combate fue inminente, no hubo infantes de marina muertos pero sí guerrilleros. “Hoy pienso que igual eran vidas, fue un enemigo que nunca conocimos, un rencor que nunca entendimos. Teníamos claro que nos jugábamos la vida”.

Ese febrero de 2005 vinieron muchos elogios, felicitaciones, y la idea de crear grupos especiales de asalto. “La idea es que se dedicaran solo a hacer operaciones con información veraz. Es que antes el helicóptero nos dejaba en la mitad de la selva y nos decían: miren y vean qué encuentran de aquí para adentro. En tres días se reportan a ver si están vivos”.

Así fue que Puché terminó seleccionado para hacer un curso de explosivos en la escuela de Coveñas. Otra vez la vida le permitía encontrarse con su amigo Miguel Ángel Ortega. “Nosotros prestamos servicio militar juntos, andábamos en el mismo pelotón y hasta nos asignaron unas tanquetas que trajeron de Santa Marta, de esas que no tienen llantas sino orugas y en vez de cañón tienen una ametralladora punto cincuenta”.

Las historias de la guerra llegan todo el tiempo a los recuerdos de este militar, como la tétrica vía Zambrano, como le llamaban a un tramo entre el Carmen de Bolívar (Bolívar) y Plato (Magdalena). “Fue la más peligrosa para toda la Primera Brigada de Infantería de Marina, fue donde hubo más infantes y civiles emboscados y muertos. Era un lugar de retenes, de combates, todo el tiempo nos dábamos ‘balín’, si no moríamos ahí, moríamos por una mina”.

Los artefactos explosivos improvisados (AEI) podían ser cualquier cosa: una lata de atún, un tarro de Milo o una pita amarrada de cualquier color. “La mayoría estaban enterrados porque si la pólvora se daña, ya no sirve”. Al final su estrategia era enfrentar el riesgo, sentir esa adrenalina que invadía su cuerpo, enfrentar lo que se le presentara y resistirse a actuar como cuando veían que en la parte baja de la montaña la guerrilla comenzaba a quemar mulas, a maltratar civiles. Sabía que en esos momentos tenía que esperar a que llegara el refuerzo pero el cuerpo le decía salga y haga frente, eso le dio fama de ‘frentero’. “Yo siempre les decía a los demás, es que yo soy inmortal”.

Otras manías de Puche también le hicieron ganar fama. “Yo era muy aseado. Yo podía estar metido en medio de la selva pero cogía un palito o mi machete y limpiaba mis botas, les echaba betún, lavaba el camuflado, lo exprimía y me lo ponía así mojado, me acostaba y pensaba: me levanto con el camuflado seco y limpio”. Por eso se ganó la fama de ‘pulichan’.

La mina

“Muchachos, alístense que hay un retén”, el desayuno fue interrumpido por este llamado. Los militares comenzaron a movilizarse pero Puche, que se había subido a una tanqueta, tuvo la mala suerte de vararse. A los diez minutos se comenzaron a escuchar los combates pero Puche solo logró arreglar el daño una hora después y partir al lugar del combate donde le tocó organizarse para salir a hacer un registro a eso de las dos de la tarde.

En esa operación uno de los militares que iba de puntero comenzó a sentir unos calambres que lo dejaron inmovilizado. “Yo le dije, ‘Miguelón’, vámonos un poquito hacia adelante por seguridad. Así lo hicimos, nos paramos en una parte como clara, esperamos a que se mejorara y arrancamos porque estábamos perdiendo al enemigo”.

No es fácil andar por esos caminos, hay que imaginar la estrategia del enemigo, adivinar en dónde pueden estar las trampas, observar que plantas están aplastadas por el paso de las botas, los campos minados eran de respeto, los militares sentían todo el tiempo ese ‘tic tic’ como preludio a una explosión, trataban de caminar en zigzag pero hay veces que la oscuridad se traga los caminos, como ese día.

Uno, dos, tres, cuatro pasos y Puche sintió un hilo templado en sus piernas. Aún recuerda cómo el sudor bañó todo su cuerpo, el sonido de un ‘tuin’ cuando algo se revienta y luego ‘bum’, hasta ahí. “Yo le dije a mi compañero, ¡minal, la verdad creo que ni lo pude decir, solo lo pensé. Volé dos metros y caí de rodillas encima de un cactus cardón. Creo que eso me dolió más que la mina”. Estaba aturdido, furioso, con deseos de venganza y luego comenzó a sentir cómo un líquido viscoso salía por unos de sus ojos.

Sus brazos y sus piernas llevaron la peor parte porque, además, la mina estaba llena grapas, balines y pedazos de varillas que terminaron incrustadas en su piel, muchas de las cuales aún guarda como recuerdo. Cuando pudo reaccionar y vio a su amigo Miguel, él estaba con su rostro totalmente desfigurado. Uno terminó montado en un Jeep Willys y el otro en un Renault 6. Ambos terminaron en el hospital de Plato (Magdalena). Solo 20 minutos después les dieron una dipirona para el dolor. “El trato fue pésimo, tirando a perverso, nos salvó el helicóptero de la Brigada que nos llevó al Hospital Naval de Cartagena, en el vuelo yo solo le pedía a Miguel que no se durmiera”. Mientras eso pasaba, su familia se enteraba de lo sucedido a través de las noticias.

Cuando por fin una médica lo comenzó a tratar, lo primero que le pidió fue que le quitara las espinas de cardón que lo atormentaban y que no fuera a morir de una infección, porque a muchas minas las contaminaban con excrementos, como le pasó a un soldado amigo, cuyo cuerpo quedó quemado por los balines y murió a causa de las bacterias cuando todos pensaban que se iba a recuperar. Al otro lado del hospital estaba ‘Miguelón’, con su rostro completamente inflamado. Con el rostro, el brazo y la pierna izquierda vendadas Puche buscaba a sus compañeros.

En junio de 2005, llegaron a Bogotá. Pasaron de la adrenalina de la vida militar a la pasividad. “Ya no éramos los militares de morral y fusil. A mí me gustaba el monte, el olor a pólvora”. Puche pasó muchos momentos de dolor pero era más su fortaleza que su sentimiento de lástima. A veces, la nostalgia lo invade. “Quisiera tener mi camuflado puesto, estar en la vida militar. Yo soy un infante de marina, esa es mi profesión. El estrés postraumático me daba por estar aquí y no estar guerreando”.

Esos pensamientos los ha ido superando, día a día, pero no ha sido fácil, durante un tiempo estuvo cautivo del consumo de alcohol

y esa fue otra guerra que tuvo que dar en Bogotá. “Es que la procesión se lleva por dentro”. Luego encontró refugio en los libros, gracias a que un día llegó a sus manos uno religioso. “Me volví muy fanático a la mitología griega y a las historias verdaderas, casi la novela no me gustaba, siempre buscaba biografías, historias verdaderas, luego me cansé y deje de hacerlo”.

Le gusta contar su historia, sabe que la gente desconoce por completo lo que se vive en la guerra. “Yo perdonaré pero no olvidaré jamás, no solo me hicieron daño a mí, los civiles han sufrido del destierro, a muchas madres les mataron a sus hijos, existen muchos desaparecidos. Las FARC nunca dirán la verdad. Hay veces que pienso en ser político para que tantos militares que quedaron heridos no tengan que rogar para que les den un cauchito para la prótesis o para acceder a una vivienda, que se merecen”.

Crónica 4. El Salado, el pueblo que se partió en dos

Había que recorrer 20 kilómetros desde el casco urbano por entre una trocha que cuando llovía se convertía en un completo lodazal, no obstante, el corregimiento de El Salado (Carmen de Bolívar) era algo así como un paraíso en medio de una geografía desértica, ubicado en la baja montaña montemariana.

Sus habitantes, antaño unos 5000, vivían algunos en el casco urbano y otros en las pequeñas veredas aledañas, rodeados de una naturaleza exorbitante, de hermosos amaneceres que acaecían entre las montañas.

La actividad agraria estaba en subienda y, aunque a lo pobre, los lugareños disfrutaban de la poca presencia del Estado, representado en una enfermería, un odontólogo, una ambulancia, varias escuelas, una institución privada en donde se podía estudiar hasta el grado noveno y una estación de policía.

Su gran tesoro era la tierra. Allí cultivaban tabaco, maíz, ñame y yuca. “El que menos tenía, tenía una vaca y de eso vivía. Aunque las tierras no fueran de ellos no les ponían problema por dejarlas pastar, el que era propietario no le decía: usted no puede tener ese animal aquí”.

Jacqueline, una de sus habitantes, sí que recuerda cómo era la vida antes, esa realidad que un día desapareció en medio de una de las masacres más sanguinarias de la historia de Colombia. “Era una vida

sana, tranquila. No había robos, no había criminales. De hecho, un día un grupo que pasó destruyó la cárcel, la tumbó, y nos quedamos sin policía. De todas formas nuestra rutina siguió”.

Su juventud fue feliz, al lado de su familia, eso sí, le tocó trabajar la tierra como era costumbre. “Vivíamos de la ganadería. Mi pueblo era muy próspero. Este que usted ve no es el que yo conocí, era planito, bonito, no se veían estas basuras tan terribles”.

En El Salado nació, se crio, se casó, se convirtió en madre. “Los hogares eran lindos, no se veía tanta violencia aunque sí había machismo, los hombres eran la cabeza del hogar pero nunca se escuchaba de temas tan horribles como las violaciones”.

Todo eso cambió. Jacqueline fue testigo de dos hechos que marcaron la vida de varias generaciones, una en 1997 y otra en el año 2000. El Salado se partió en dos.

Los aires de violencia llegaron. Hombres extraños que no vivían en El Salado se paseaban por el corregimiento enamorando a los lugareños de causas que antes no se les habían pasado por la cabeza. “No fue toda la comunidad, fueron unos pocos que se dejaron convencer para ingresar a las filas”.

El resto, a pesar de no estar de acuerdo, guardó silencio, dicen que esto fue el origen de la desgracia de este pueblo. “Mucha gente sabía que algo raro pasaba pero el miedo hacía que nadie informara”.

Luego la palabra paramilitar era un secreto a voces, y con ella la amenaza de un despojo de tierras, la de un enfrentamiento, la del miedo a todas horas. El corregimiento era una especie de conector con varias salidas a Canutalito, San Andrés, Zambrano, eso también lo convertía en un corredor estratégico, a pesar de estar conformado por caminos de herradura.

La primera vez que el rumor se convirtió en realidad fue en 1997. Un grupo de hombres que se identificaron como miembros de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) cogieron a unas personas y se las llevaron al parque llamado 5 de noviembre. “Ese día mataron a cuatro y se llevaron a un señor, a él lo desaparecieron, nunca se supo dónde lo dejaron”.

Otra vez el silencio se tomó el corregimiento y las veredas. Jacqueline cuenta que fue un hecho que nunca denunciaron pero que generó la primera gran ola de desplazamientos a El Hobo, Carmen de Bolívar, a Sincelejo, a Cartagena, a Barranquilla y hasta a Venezuela aunque solo por tres meses, un hecho que el Estado pasó por alto sin

tomar cartas en el asunto. Cuando la marea se calmaba los despojados volvían a sus tierras y recuperaban sus pertenencias, que para esa época se habían resistido a vender. No pasó lo mismo en el 2000, el año en que un ataque sanguinario partió la vida de un pueblo en dos.

La masacre

Jacqueline vivía en la parte de arriba de El Salado. El rumor de la barbarie que llegaría al pueblo se iba regando por doquier, el calor era insoportable. “Decían que unos hombres habían parado a unos carros y matado a unas personas”. Fue verdad, el cuerpo de una mujer adulta y un joven así lo corroboraron.

Al caer la tarde nadie quería estar en el pueblo. El pánico se sentía en cada esquina. ¡Llegaron los paracos! ¡Llegaron los paracos! Era lo único que se escuchaba mientras la gente buscaba escondederos en las montañas. Fue como si un remolino de violencia hubiera arrasado. “Yo cogí a mis tres hijos y nos fuimos con un compañero para el monte. No fui capaz de volver. Solo oía los tiros, el humo que salía de las calles. Dije: ¡mierda!, quemaron a El Salado”.

Los que se atrevieron a regresar en la mañana fueron llevados a la plaza central, los ponían en fila y si eran señalados por un encapuchado los asesinaban. Pero lo que pasó después fue carnicería. “Cuando ya no había nadie a quien señalar, mataban al azar. Contaban del 1 al 20 y al que le tocara el 20 lo mataban”.

A otros les hacían preguntas y si no contestaban corrían la misma suerte. La clemencia no existió para nadie. “A una joven que estaba embarazada la torturaron, le metieron una varilla metálica de ensartar tabaco por la vulva y se la sacaron por la boca”. Decían que era la pareja de un guerrillero, pero la verdad nadie puede decir si eso fue verdad.

Cada relato era peor que el anterior, las autodefensas ilegales no se conformaron con asesinar, luego cogían los cuerpos inertes y los desgajaban. Fueron muchas horas en donde los cadáveres desmembrados estuvieron a la vista de todos, a merced de los perros atraídos por el hedor de los cuerpos en descomposición, un hedor a muerte que se esparció por toda la región. “El ambiente era tan hediondo que los paracos dieron la orden de recoger los muertos. Para ese momento corría el rumor de que venían en camino los militares”.

Los campesinos dicen que el pánico que los invadió al recordar ese día les impidió denunciar. “Si yo hubiera estado, me habrían matado, a mí la injusticia me da rabia. Todavía hay una verdad que se debe conocer: ¿Quiénes eran esos hombres? ¿Quién les pagó? ¿Por qué lo hicieron? Detrás de eso hubo mucho dinero de por medio”.

Además de los vejámenes físicos el pueblo de El Salado tuvo que soportar el estigma de que les dijeron que eran un pueblo de guerrilleros que se camuflaban por las noches y que de día era de campesinos. “Eso es una vil mentira. Entre Dios y la tierra no hay nada oculto, todo esto se sabrá algún día”.

El Salado era un pueblo sin líneas telefónicas, era pecado tenerlas, casi como ponerse un letrero en la frente que dijera: máteme. Los pocos que se arriesgaban debían subir una loma para coger señal, así lo hicieron el día de la masacre pero nadie pudo auxiliarlos durante el calvario.

Las Autodefensas tuvieron tiempo hasta de festejar. Muchos hombres se tomaron una casa del pueblo donde estaban los instrumentos para los niños de la escuela. Mientras asesinaban a la gente tocaban las gaitas, los acordeones y los tambores, al tiempo que saqueaban los víveres y obligaban a algunos campesinos a cocinarles.

Los que se fueron

Han pasado 18 años y el dolor sigue intacto. Cada año los habitantes de El Salado se vuelven a hacer las mismas preguntas: ¿Por qué? ¿Por qué tanta violencia? ¿Acaso por ser una tierra fértil y apetecida? ¿Por tener agua? Muchas preguntas, ninguna respuesta.

Jacqueline recuerda a las personas que asesinaron, eran amigos y familiares que murieron en medio del conflicto. “A nosotros nos mataron parientes, a un primo de 15 años, jovencito y a otro hijo de un tío mío. A mi abuelo ya lo habían asesinado en otra incursión en la que lo querían sacar de El Salado”.

De cada uno guarda una imagen. Del gallero que le gustaba el fútbol, enrazar burras con caballos, trabajar en su finca y que no se metía con nadie. “Él vivía con su señora y sus hijos. Lo asesinaron por tener una carne de vaca en su congelador. Le dijeron que era para la guerrilla cuando había sido de una vaca que se había muerto”.

También recuerda a un campesino que vivía metido entre la maraña. Era fanático del fútbol, a él lo mataron porque sí, no había ninguna prueba de estar ni con un bando, ni con el otro. Lo mismo les pasó a otros dos jóvenes conocidos. El apellido los sentenció pero tampoco saben por qué. Los asesinaron mientras iban a rescatar a unos caballos. La única certeza era que había sido una de las masacres más sangui-narias de la historia. Que el corregimiento se había partido en dos.

La herida

El dolor estaba vivo los días posteriores a la matanza. No hubo digni-dad ni para recoger los cadáveres. Jacqueline recuerda que no dejaban entrar vehículos porque los caminos estaban minados.

El dolor de los familiares de las víctimas hirvió en una protesta en la que quemaron llantas, otros se arriesgaron a entrar a recoger lo que quedaba de sus muertos. “Yo me escapé por el lado de Sucre. Me fui por Canutalito y así pude llegar al Carmen de Bolívar”.

Hasta las veredas fueron quedando desocupadas, lo poco que quedaba de las casas fue desvalijado. Uno a uno quitaban puertas, cables y ventanas. Era un pueblo fantasma cargado del dolor de todos los que murieron.

La vida de Jacqueline y su familia fue otra después de la masa-cre. Tenían que pagar hasta por el agua. “Una sola caneca valía 2000 pesos. Mi marido se puso a venderla pero después el negocio se puso malo y vivíamos de mi sueldo. Yo trabajaba con el ICBF pero eso era una bonificación que no alcanzaba para nada. Eso también fue en el año 2000”.

Un sueldo de 150 000 pesos no alcanzaba para el arriendo, la comida y los servicios. Era una película que vivían varios de los desplazados, por eso se pusieron de acuerdo para retornar en marzo del año 2002. Así se conformó el comité Asodebol, una asocia-ción de desplazados que se legalizaron y recogieron fondos con per-sonas que querían regresar a El Salado.

El retorno

Cuando unas 40 personas intentaron regresar al pueblo la maleza se había apropiado de las casas y las calles abandonadas durante dos años. Con mucha dificultad y a través de una trocha lograron entrar a la iglesia, en donde se reunieron para tratar de encontrar la forma de reconstruir la vida en El Salado. “El primer retorno fue de unas 60 familias. Primero llegaban los hombres solos, solo había seis mujeres que se encargaban de cocinar. Todo esto sin la ayuda del Estado”, dijo Jacqueline.

Había muchos niños pequeños que no tenían medicina, atención médica, comida. “Se alimentaba a las familias de lo que se encontraba, es decir, de yuca y ñame, de la vitualla, como le decimos por acá. Cada quien tenía que salir a buscar lo que necesitara”.

Lo primeros viajes desde el Carmen de Bolívar fueron muy difíciles. Cuando no llovía tardaba una hora y media pero cuando el clima estaba enrarecido, cinco horas o todo un día. Así recuperaron lo que se pudo pero en el 2004 otra vez surgió la zozobra porque los militares llegaron con toda su fuerza a hacer presencia en la zona.

A pesar de que los grupos al margen de la ley no volvieron a entrar al pueblo sí comenzaron los enfrentamientos entre bandos. Los mismos pobladores cuentan que había días en donde “había bala a diestra y siniestra”. Las Fuerzas Militares se ubicaron en cuatro puntos estratégicos en las lomas y desde allí realizaban operaciones que buscaban liberar a la zona de los grupos al margen de la ley. “Muchas noches accionaban como una especie de bazucas y cuando eso caía al suelo se estremecía toda la tierra, si uno estaba durmiendo hasta ahí llegaba la tranquilidad”.

Otro aspecto inquietaba, las detenciones a miembros de la comunidad. Era una época en la que la sospecha recaía sobre cualquier persona y aún más desde que les daban bonificaciones a quienes dieran información de lugareños al servicio de grupos armados. “Muchos denunciaban a quien les diera la gana con tal de ganarse algo. Así, muchos terminaron en problemas”.

Luego de que la Armada Nacional fue recuperando la zona muchos buscaron ayuda para la reconstrucción del pueblo, así fueron llegando entidades y organizaciones no gubernamentales (ONG), también la iglesia. Había tanto por hacer para reconstruir a El Salado que no sabían por dónde comenzar.

Había algo que les dolía, la cultura perdida, esa de tradiciones que se mantuvo hasta antes de la masacre. “Entonces muchos estuvieron de acuerdo en querer una biblioteca pública porque allí los niños estudiaban”, recordó Jacqueline.

Hubo mucho apoyo de privados. Así fue que se logró la compra de un lote y luego la construcción de una biblioteca. En ese lugar se habló de muchos otros temas y hasta se organizaron mesas de trabajo en las que se tocaban temas de agricultura, educación, cultura, producción, tierras y salud. “La fundación Saldarriaga Concha apoyó al adulto mayor, el BID ayudó con el tema de agricultura apoyando a las familias, otros nos ayudaron a legalizar predios”, aseguró Jacqueline.

También construyeron un acueducto que funciona con energía solar, se erigió un colegio con las regalías de un libro que se llamó *Esta guerra no era nuestra*, otro lote se destinó a la construcción de una granja para que los estudiantes hicieran sus prácticas como técnicos agropecuarios y hasta hubo 100 viviendas nuevas para muchas personas que no tenían hogar.

Aun así, El Salado es un pueblo sin empleo. Las pocas fincas que hay les fueron entregadas a los campesinos y apenas están en proceso de recuperación. Los únicos que tienen algo que hacer son los campesinos. Desde enero comienzan a picar sus montes para sacar adelante sus cultivos, muchos de los cuales se pierden por culpa de las inclemencias del clima. Otros venden sus animalitos y de eso subsisten. Comen la gallina que matan y la yuca que sacan de sus tierras, no más.

Esa ha sido la vida de Jacqueline, la historia de la masacre tal como ella la recuerda. Lo único que la ha reconfortado en los últimos años ha sido ser contratada por la Fundación Semana en la coordinación cultural de su pueblo para el rescate de sus tradiciones.

Todo eso ha servido pero hay algo que no se ha reparado: la dignidad. “Nosotros queremos saber la verdad. Que ambos bandos hablen y nos digan qué fue lo que pasó”.

A pesar del dolor, los habitantes de El Salado añoran encontrar los cuerpos de los desaparecidos, como la pareja de la madre de Jacqueline a quien un día se lo llevó la guerrilla, desenterrarlos y darles cristiana sepultura. “Alguien, aún vivo, debe saber dónde están”.

Crónica 5. “La guerrilla nos trató de envenenar”

Era 1993. En Corozal, Sucre, no se hablaba aún de la presencia de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC). En ese momento, la guerra era con los frentes 35 y 37 de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC).

Ese año hubo muchos desplazamientos por la violencia y la población civil veía a los infantes como enemigos. La agricultura era escasa, los campesinos no se atrevían a trabajar en las montañas, asustados por las faldas atestadas de minas.

Los militares no podían patrullar por las carreteras sino armar caminos de herradura para evitar ser presa fácil de sus contendores, apoderados ellos de los Montes de María.

De esa época de la guerra fue testigo el hoy Sargento Primero de Infantería de Marina Luis Fernando Suárez Murillo, de 47 años. Él y sus hombres patrullaban día y noche una zona dominada por la guerrilla.

Él, pereirano, y quien había entrado en 1988 a las filas, ya era soldado profesional con unos tres años de experiencia. “Siempre me gustó la infantería. Decidí quedarme por amor a la patria”. Ingresó muy joven, entregó su vida y entró como voluntario a la Marina. Esa convicción le dio las fuerzas para soportar unos de los momentos más crueles de la guerra en Colombia, una guerra en la que se utilizaban mecanismos inimaginables para doblegar al enemigo. De eso se trata su historia.

Luis pensó un día en adoptar a un perro para que lo acompañara a patrullar y así lo hizo. “Recuerdo que llegamos a un sector de La Casona Macayé en el municipio del Carmen de Bolívar en donde visitamos unos arroyos. Yo vi que mi perrito tomó agua o algún líquido pero no le di más importancia al asunto”.

Luego del episodio el animal comenzó a mostrar signos de enfermedad y a los cuatro días murió. Lo mismo le pasó a la mascota de otro militar. Ambos lloraron a sus perros pero aunque les pareció extraño todo lo que había sucedido no ahondaron en el asunto. “Como en esos pueblos hay tantos animalitos abandonados, pues uno les da comidita y ellos terminan yéndose con uno. Terminaban siendo los consentidos de la compañía”, contó.

Además de convertirse en sus guardianes los acompañaban a sus largos recorridos por la espesura de la selva, las montañas y

los riachuelos, en donde no era extraño que los infantes de marina abastecieran sus cantimploras de agua. “En esa época existía una pastillita que se llamaba Puritac, uno se la echaba al agua para evitar enfermedades”.

Pero, otra vez, los perros comenzaron a morir y siempre era después de que consumían agua de los ríos. “Lo más grave fue cuando un perrito botaba como babaza por la boca y sus ojos se brotaron de una forma muy extraña. Este también se nos murió”.

Quedaron tan consternados que decidieron contarles lo sucedido a los campesinos; fueron ellos los que les dijeron que los animales habían muerto envenenados. “Fue ahí cuando caímos en cuenta de que nos querían intoxicar. Fueron los animalitos los que terminaron pagando”.

La estrategia de los guerrilleros era detectar a las tropas montaña arriba y luego proceder a envenenar el agua desde las partes altas de las quebradas hacia los ríos, así el agua corría hasta donde estaban los militares.

Gracias a los perros se evitaron las muertes humanas, una catástrofe mayor, aunque sí se supo de casos de gente muy enferma por ingerir agua de los afluentes de la región. “Nosotros creemos que los lugareños sabían que la guerrilla nos estaba envenenando el agua pero lo callaban porque los tenían amenazados”. Cuando llegaba la tropa era normal ver cómo se escondía la población, cómo guardaban silencio a pesar de que sus vidas y las de los niños de la región también corrían peligro.

Episodios como estos enamoraron a los infantes de sus animales adoptados porque además resultaron salvándoles la vida como cuando estaban a punto de sufrir una emboscada. “Muchos perritos murieron en las caminatas por las minas. Era muy triste, pero muchas vidas se salvaron”.

En esa época, antes de 1993, no había caninos adiestrados, solo aquellos que se iban acostumbrando a los militares, los que terminaron sin querer escribiendo un capítulo de una ofensiva en la que la guerrilla se valió de métodos inescrupulosos. “A ellos no les interesaban quién muriera, sino evitar que llegáramos al territorio donde estaban. Ellos estaba atentando contra la población civil”.

A pesar de la gravísima amenaza nunca se hizo una investigación seria sobre el tema, no se averiguó qué tipo de químico estaban utilizando y qué afectación a corto y largo plazo tenía este ataque para

los ríos que bañaban corregimientos como Macayé, la Cansona, San Isidro, entre otros.

Este episodio quedó en la memoria de la guerra, esa que atentaba con la naturaleza y la vida humana.

Crónica 6. El dolor de perder la tierrita

Cuarenta años de trabajo duro, ese fue el tiempo que tardó Isidoro, criador de ganado y abuelo de Hernando del Cristo Pérez Díaz en forjar su finca, la misma en la que él nació y creció como el mayor de una familia humilde de cinco hermanos.

Hoy, a sus 36 años, lo recuerda todo, esos días de infancia rodeados de 50 hectáreas de naturaleza, montañas y animales propios de una tierra bendecida: Sucre. Allí sus padres, Hernando Rafael Pérez e Isabel Díaz, trabajaron para sacar adelante a su familia.

Desde muy niño aprendió todo lo relacionado con la ganadería y la agricultura. “Yo estaba estudiando, pero los fines de semana, que nos llevaban a la finca, nos tocaba meternos en el corral a trabajar”. Era una sensación de libertad indescriptible. Hoy añora como nunca esos momentos porque vive con un esquema de seguridad, en una ciudad inmensa, llena de gente extraña que no conoce. Pasa sus días escoltado, con miedo a salir a la calle, con esa sensación de ser un preso sin saber por qué.

En 1990 su familia comenzó a sentir los primeros brotes de la violencia en Colombia. “Llegó el Ejército Popular de Liberación (EPL), el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), el Quintín Lame y luego, como si fuera poco, las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) y el Ejército de Liberación Nacional (ELN)”. Para esa época, sus tierras estaban en la vereda Membrillal en la jurisdicción de los Palmitos.

Cuenta que al comienzo estos grupos solo hacían una especie de concientización a los lugareños sobre la realidad e injusticias del Estado pero que, transcurridos unos años, comenzaron los secuestros.

Uno de los primeros en sufrir las extorsiones de estos grupos fue un vecino del abuelo de Hernando, un hombre que construyó una pista de aviones en su finca atestada de cultivos de algodón. Le decían ‘el capitán’. “El man les mamaba gallo para pagarles pero al final terminaba cediendo”.

Para 1993 la familia había decidido irse de la zona rural y dejarle el trabajo de la finca a un cuidandero para evitar correr peligros innecesarios. Para esa época, la violencia estaba a todo vapor.

En una ocasión, los guerrilleros le habían cobrado a ‘el capitán’ 800 000 pesos, ese mismo día pasaron por la finca de don Isidoro tres guerrilleros a desayunar y a almorzar. “Al medio día, cuando los tipos se decidieron a ir a cobrarle la plata al vecino, él los estaba esperando con ejército y policía”.

La balacera fue de miedo porque la persecución pasó por la finca de la familia de Hernando, también murió un hombre de apellido Pérez, y algunos guerrilleros terminaron escondidos en los cuartos de la finca. “Ahí capturaron a dos guerrilleros, por eso después lo acusaron de ser cómplice de un bando y del otro”.

Todo ese episodio hizo que Isidoro se fuera de su finca, uno de los días más tristes de su vida. “Mi abuelo era un tipo nervioso que no se metía con nadie y para terminar, por eso lo acusaron luego de ser cómplice del secuestro del ‘el capitán’”.

El viejo se enfermó de cáncer y no le quedó más remedio que vender fiada su finca a un hombre que terminó dándole solo la mitad de lo que valía el terreno. No tenía otra opción, la zona estaba atestada de grupos de toda índole. “Nuestro estilo de vida cambió, pasamos de tener una finca a no tener nada, cuatro meses después de salir del monte mi abuelo murió”.

La familia se había quedado sin nada. Aunque el padre de Hernando intentó muchas veces cobrarle al hombre que había comprado la finca, desistieron ante los rumores de que el comprador era un asesino que pagaba alianzas con guerrilleros y paramilitares al mismo tiempo. El trabajo de 40 años se había perdido. A su padre le tocó endeudarse para montar una tienda en el pueblo.

Quince años después, la finca del abuelo estaba tomada por el frente 35 de las FARC. “Para ese momento, quienes no estuvieran de acuerdo con sus ideales los sacaban de cualquier forma de su tierra”, contó Hernando.

Lo que nunca pensaron fue que esa misma violencia se trasladaría también a la zona urbana. Otra vez la violencia tocaba a las puertas del hogar de esta familia. “Los guerrillero llegaron a la tienda de mi papá. Ahí se vendía comida y ellos necesitaban abastecerse”.

Eso fue suficiente para que su padre se enfermara y se sumiera en un estado de depresión absoluta, incluso tuvo que entrar a un

tratamiento psicológico. “Decidió acabar con su negocio en 1998, el mismo año que ocurrió la masacre de Sabanas de Pedro (Sucre) por paramilitares un 14 de agosto”, contó Hernando.

Un día antes de ese hecho un autodenominado miembro de autodefensas había visitado su casa para pedirle que le vendiera unas sardinas y unas galletas. “Mi padre le dijo que había quitado la tienda para no venderle a nadie, luego el tipo se fue. Pero al siguiente día volvió a aparecer, le dijo algo que lo dejó frío: señor, me sorprendió lo que usted me dijo anoche, le cuento que aquí va a pasar algo y cuidadito va a abrir la boca. A los ocho días ocurrió la masacre”. Ese día mataron a tres personas a las 5 de la mañana y se llevaron a dos. Los cadáveres aparecieron tan solo a cinco metros de su casa.

Durante mucho tiempo, Sabana de Pedro fue zona tomada por autodefensas ilegales, casi hasta el 2013. “Fueron años en donde todos éramos sospechosos. A cualquiera lo mataban en cualquier momento del día. No había policía, no había nada. Tuvimos que presenciar muchos enfrentamientos que daban miedo”.

Fue como si la desgracia hubiera caído sobre su linaje. Uno de los episodios más tristes de la vida de Hernando fue la muerte de su madre. Duró 11 meses padeciendo un cáncer que terminó por llevársela.

La única esperanza de esta familia fue ingresar al programa de restitución de tierras en el 2008 porque, finalmente, ellos habían perdido su finca por culpa de la violencia.

Lo grave fue que quien lo aconsejó fue el mismo hombre que nunca le terminó de pagar la deuda. El padre de Hernando asistió a varias reuniones, aceptó servir como testigo de los despojos, y por eso le prometieron que podría pasar una solicitud. “Cuando me contó, yo le reclamé, le dije que iba a terminar metido en problemas”. No obstante, se hicieron a unas máquinas para trabajar y preparar la tierra. “Ese primero de marzo, recuerdo, la pasé bacano en la casa. Almorcé temprano y luego me encargué de darles la comida a los jornaleros y de repartirles la plata a los trabajadores. Luego nos quedamos viendo el noticiero”.

Hernando recuerda muy bien que su padre se puso de pie, se peinó y salió de la casa dejando la puerta abierta. “Eso me molestaba mucho. Luego recuerdo que escuché un sonido muy fuerte que provenía de la casa de al lado, un golpe duro”.

Cuando Hernando salió de su cuarto a percatarse de lo ocurrido vio a su padre tendido en el suelo de la sala tratando de señalar la puerta. “Luego alcancé a ver a un tipo gordo como de un metro setenta de estatura, casco y pistola. Me fui a mi cuarto a buscar algo para defenderme pero el tipo salió disparado en una moto mientras yo trataba de perseguirlo corriendo como un loco por la calle”.

Hernando pidió ayuda a los vecinos, un primo suyo había reconocido a los agresores porque se habían caído en frente de su casa, pero nada de eso sirvió de algo. Su padre había sido asesinado. Estaba aturdido, no sabía qué hacer en frente del cadáver del hombre que más había amado.

Luego de este crimen se quedó más solo que nunca porque su familia decidió partir. Nadie lo ayudaría a esclarecer la muerte de su padre. “Mire, después de eso, yo ya no quería nada, solo saber quién había mandado a matar a mi papá”, contó Hernando.

Luego comenzó la correría de este hombre en La Fiscalía, la Organización de Naciones Unidas, en la Defensoría del Pueblo. Solo buscaba que alguien lo ayudara a esclarecer los hechos.

Así logró que su primo declarara e identificara a los asesinos de su padre a pesar de que el Estado no le dio ninguna garantía. A los doce días capturaron a quien solían decirle ‘el tigrillo’, reconocido miembro de AUC en los Montes de María. Pero ocho días después el asesino se rehúsa a confesar los hechos y hasta contrata a un abogado para defenderse.

A pesar de que todo iba en su contra, Hernando logra, el 12 de mayo, que se abriera un proceso de investigación sobre lo ocurrido así como del precio de la tierra. “En agosto, cuando yo estaba en Sabana de Pedro me visita la ONU a eso de las 10 de la mañana. Ese mismo día unos extraños nos comenzaron a intimidar. Unos tipos pasaban con camionetas negras. Yo estaba muy asustado”.

El caso terminó en Bogotá y desde ese entonces el proceso no ha hecho más que dilatarse de las formas más absurdas. “Lo que más me duele es que no apareció ningún familiar o entidad que por lo menos nos asesorara. No he tenido la más mínima ayuda”.

En octubre del año 2017 Hernando asegura que se iba a llevar a cabo el juicio contra el llamado ‘Tigrillo’, pero el INPEC dijo que no tenía dinero para transportar al sospechoso y por eso se frustró la diligencia, luego se reasignó para noviembre y pasó lo mismo. Todo

ha sido una burla. “Ni siquiera me han dado una fecha para preparar al testigo”.

Su esquema de seguridad tiene muchas falencias, lo acompañaba de día pero de noche lo dejaba solo, por eso mismo se tuvo que trasladar a la ciudad. Luego de una lucha de años, logró que saliera una resolución de inclusión de la tierra a su favor. Eso hizo que se llenara de valor para reclamar. “Ahí es cuando la infantería me llevó a la finca y me ayudó. Ya recuperé el terreno pero faltan trámites para la restitución. Todo está en etapa probatoria porque los que hoy figuran como dueños del terreno van a hacer todo para no tener que devolverla, yo dependo del Estado”.

Hernando ha recibido amenazas, rumores de gente que dice que lo buscan. No puede ni siquiera salir a comprar un jugo solo por miedo de ser asesinado y a pesar de eso se convirtió en un líder social. “Tengo una empresa comunitaria para sembrar con 35 personas. Ya tengo personería jurídica, quiero trabajar con la comunidad”.

La única esperanza de Hernando es recuperar la tierra que con tanto esfuerzo trabajaron su abuelo y su padre, ese mismo que le enseñó a “motilarse”, que lo llenó de valores para ser un hombre de bien.

Crónica 7. “Mi hijo nació en el monte”

Cada dos o tres días se estaban volando hasta tres guerrilleros de sus filas. La presión de la Infantería de Marina se sentía, la confrontación tenía a la vereda en un infierno de fuego, pero lo peor es que estos sentían que estaban durmiendo con el enemigo. Había disputas internas que generaban un ambiente de tensión.

Carlos Alfonso Ortega Mercado se desmovilizó de la guerrilla el 11 de mayo de 2007 en Loma de Arena, un corregimiento colombiano ubicado en el departamento de Bolívar, a 47 km al noreste de Cartagena de Indias. Incluido él, fueron 8 mujeres y 9 hombres. “Era muy duro estar huyéndole a las Fuerzas Militares y además a la guerrilla. Eso hizo que nos entregáramos a la Primera brigada de Marina de Corozal. Eso fue con el coronel Cotes”.

Era un niño de 16 años, en la mitad de un inmenso cultivo de maíz, enclavado entre las montañas, cuando entró a las filas un 9 de enero de 1996. A esa edad, recuerda, no tenía ni la más mínima noción

de en qué se estaba metiendo, “Yo me imaginaba que eso iba a ser como un paseo, que podía ir y volver, fui un ignorante”.

El joven pasaba por una situación económica difícil, había terminado el año con deudas, en ese mismo momento de su vida un amigo lo empezó a ‘picar’ con la vida en las montañas. “Él me presentó a un señor que me dijo que allá, en la guerrilla, me iba a ir bien, que me iban a pagar bueno”.

Ese mismo día tomó la decisión y ese mismo día se dio cuenta de que había cometido un error. “Me estrellé con la realidad. El pago no era más que unos útiles de aseo, ropa, dormida y un fusil”. La libertad hacía parte del pasado, huir era sinónimo de muerte. Para ese momento la guerrilla tenía toda la información sobre su familia.

El primer cargo que tuvo fue el de distribuidor de las remesas, el coordinador de la cocina y de que el cocinero hiciera las cosas bien hechas. “Luego me nombraron como comandante de cuadra. Cada día estaba más empapado de las reuniones de los comandantes, de lo que ellos hablaban sobre la presencia de los paramilitares, y de sus planes defensivos”. Para ese tiempo, Carlos había olvidado a su familia, tardó 11 años en volver a verlos porque ellos lo pensaron muerto hasta que lo vieron en una foto en el periódico que les dio la ilusión de ir a verlo en el batallón de Corozal, pero eso pasó mucho después.

Lo vieron flaco, barbado, con las consecuencias de una decisión plasmada en su cuerpo, la misma que hizo que los miembros de las AUC asesinaran a cuatro de sus tíos. Algunos en las montañas y a otros los desaparecieron. “La persona que mató a unos de ellos estuvo conmigo en la guerrilla y luego se cambió de bando. A él lo capturaron en el 2008”.

Aunque lo asimiló con templanza y madurez, que era lo que había buscado, supo lo que era la presión de la guerra cuando Álvaro Uribe Vélez quedó de Presidente en el año 2002. Sentían el olfato militar en sus nuca y en la noche, cuando intentaban dormir, los helicópteros llegaban a bombardear sus campamentos. “Nos acostábamos en el piso como unos perros. Todo eso lo va aburriendo a uno”.

Carlos vio a muchos niños en las filas, dice que casi la mitad lo eran. La mayoría habían llegado engañados, enganchados con regalos y hasta vendidos por sus padres, muchos de los cuales pasaban por la miseria económica. “Me impresionaban tantas niñas. De 10 y 11 años”.

No había contemplaciones para ellos. Les tocaba trabajar en las mismas condiciones que los adultos: cocinar, prestar guardia, buscar

leña, cavar los huecos sanitarios. Dejaron de ser niños para convertirse en guerrilleros. Fue una infancia robada entre la espesura de la selva.

El entrenamiento de entrada era duro. Durante tres meses los levantaban desde las dos o tres de la mañana, los ponían a trotar, los comandantes pasaban por encima de sus cuerpos pisándolos, si se equivocaban los golpeaban con un palo en las piernas. Nadie tenía derecho a alzar su cabeza. “A mí me entrenaron tiro a tiro cuando me preparaba para hacer parte de las fuerzas especiales. Nos disparaban con la ametralladora. Al que levantara la cabeza, ‘paila’. A un pelao como de 14 años le balearon las piernas solo porque la levantó. Se murió porque le dieron en una arteria”. Donde cayó lo enterraron, su cuerpo desapareció en la tierra sin que ningún familiar lo llorara.

Así como los adoctrinaban a ellos, lo hacían con los demás campesinos. Trataban de legitimar una causa que ni ellos mismos se creían. “Nosotros pertenecemos a la guerrilla. Andamos por acá para brindarles seguridad, para lo que se les ofrezca estamos nosotros, somos su ‘ejército’, y nuestra causa es por el pueblo. Al final era una carreta que a uno se le olvidaba”. Carlos sabía que la guerrilla nunca iba a llegar militarmente al poder y que en los últimos años los cabecillas solo se preocupaban por salvaguardar sus vidas.

Las mujeres llevaban una carga muy pesada. Dentro de la guerrilla no se permitía la prostitución. Si se comprobaba que una mujer había sostenido relaciones sexuales con varios guerrilleros la fusilaban.

Los castigos eran a diario y crueles. Si un guerrillero se dormía escuchando una charla ideológica, los mandaban a buscar diez canecas de leña y cargarlas una a una en el hombro, pero si se le escapaba un tiro, los amarraban y luego los fusilaban.

Esa misma suerte corrió el mejor amigo de Carlos. Tenía 17 años. Se voló de las filas pero por andar vagando sin rumbo fijo lo encontraron y lo fusilaron. “Él llegó conmigo a la guerrilla. Me pidieron que fuera yo quien lo matara pero me negué, dije que me asesinaran a mí también pero solo me desarmaron durante 8 días”. Lo salvó su disciplina, era un hombre importante en la compañía Che Guevara, conformada por unos 55 hombres.

Carlos llegó a ser comandante de escuadra. Se había ganado el respeto por prestar bien la guardia, por cocinar, por buscar la leña. Acataba las órdenes y eso lo hizo ganar puntos. “Yo era comandante de

seguridad de alias ‘Gilberto’. Durante cuatro años, éramos los encargados de su seguridad”. Resguardándolo recorrieron los Montes de María de sur a norte. Chengue, Macayepos, María La Baja y Sincelejo eran sitios de influencia pero también peligrosos, de hecho, estos lugares están marcados por las crueles masacres llevadas a cabo por las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC).

En otros lugares se sentían más tranquilos, como en Chalán, Huamanga o Don Gabriel. “Por ahí uno dormía muy relajado porque había mucha gente que le colaboraba a uno. Si veían a las Fuerzas Militares, le colaboraban a uno. Nos decían: muchachos, están en tal parte, o los paracos en otra. A muchos les metieron la ideología en la cabeza”.

Las confrontaciones

Fueron años de una guerra sangrienta internados en la maraña. La estrategia de la guerrilla era entonces confrontar a las Fuerzas Militares, durante máximo media hora, alargar ese tiempo era quedar en desventaja. “Era máximo un hostigamiento, y ábrase”, contó Carlos.

Lo primero era buscar un sitio estratégico, luego organizarse en ‘cortinas’, un término que utilizan para ubicarse de forma ordenada por metros de distancia y esperar al grupo que querían atacar. “Cuando estaban cerca concentrábamos el fuego, les quitábamos las armas y nos abríamos”.

Llegaron a tener enfrentamientos con otros grupos, había una puja entre ellos por el territorio y el poder, eso generó violencias entre guerrillas. “En el 2002, nos confrontamos porque habían ido a una vereda a matar a una señora y a capar a un campesino. Le mocharon los dos testículos. Además, duraron como media hora disparándole a los campesinos y ellos huyendo”. Eso ocurrió en una vereda del Carmen de Bolívar.

Pero las confrontaciones de temer eran con las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC). La guerrilla actuaba apenas la población civil les avisaba que andaban rondando pueblos y veredas. “Cuando uno se daba cuenta ya estaban matando gente”.

Carlos también recuerda la masacre de El Chengue el 17 de enero de 2001 en la madrugada. “Ese día estábamos a media hora. Un señor nos avisó y entramos en confrontación entre El Chengue y un punto que se llama El Tesoro”.

Pero no duró mucho, según Carlos, porque llegó la Armada. “Nos atacaron por detrás. A las 7:40 nos fuimos y nos subimos para el cerro Cansona. Desde ahí vimos todo. Hasta con helicópteros nos perseguían. Lo mismo pasó en la masacre de Caracolí en 1999. Se metieron las autodefensas, entraron en camiones, todos llevaban brazaletes de las AUC. Fueron cuatro días de confrontación”.

Era una época de guerra descarnada. Carlos recuerda con estupor la escena en El Chengue. “Cuando llegaron hasta a ellos les dio miedo ver tanta sangre acumulada. Se veían como hígados, cabezas, cuerpos, brazos. Eso fue una carnicería”.

Carlos también vivió la guerra en El Tolima en el 2002. Allá también guerreó con todo tipo de actores, siempre camuflándose en el monte, caminando días y meses y presenciando los peores crímenes de lesa humanidad, como los secuestros, durante muchos años, la forma de financiar a las guerrillas. Había unos cabecillas que manejaban las finanzas de la organización. Ellos contaban con personal adecuado para escoger a las personas que querían plagiar en el Carmen de Bolívar.

Manejaban la inteligencia a la perfección. Hacían un seguimiento exhaustivo, detectaban todos los movimientos del blanco, lo secuestraban, le quitaban su dinero con amenazas y luego los soltaban. “Yo alcancé a ver algunas situaciones. El trato era bastante cruel. Un día vi a unos señores, eran como 17, los tenían amarrados”.

Los habían plagiado por la vía a Chinulito. “Sé que a algunos, unos tres, los mataron después de que les dieron la plata. Nunca supe por qué, nosotros estábamos involucrados era con el combate”.

La desmovilización

El hambre, la imposibilidad de dormir, la falta de munición para enfrentar al enemigo pero, sobre todo, la ausencia de una causa clara hizo que Carlos y 17 personas más gestaran un plan para desmovilizarse.

Tuvieron la oportunidad de comunicarse con un coronel de las Fuerzas Militares gracias a unos guerrilleros que se habían evadido de las filas meses atrás. “Cuando nos comunicamos con él, nos dijo que si no nos entregábamos nos iban a dar de baja porque estábamos rodeados y ubicados”.

Así fue que tomaron la decisión de ir a La Arena, dejar atrás la vida de persecución, de correr, de huir, de aguantar hambre, de no bañarse durante diez días. “Ese día no entendíamos por qué nos recibieron tan bien y eso que habíamos tenido confrontaciones con ellos, con esa patrulla que nos recibió”. Un día antes, los infantes habían dado de baja en combate a un guerrillero del Tolima, esas eran las paradojas de la guerra.

Él y sus compañeros fueron trasladados a Corozal, donde duraron once días en el batallón. “Nos atendieron bien, nos dieron todo, ropa, calzado, alimento, cosas que solo estaban en sueños. Para nosotros solo existía el sufrimiento y la lucha”.

Luego de esa estancia, los guerrilleros fueron trasladados en un helicóptero a Barranquilla y de esa ciudad hasta Bogotá. “Allá nos abrieron cuenta de ahorros, donde nos daban como 500 000 pesos y nos llevaron a un albergue”.

Algunos permanecieron allí por un tiempo más prolongado, otros se fueron porque tenían problemas más graves, entre ellos, de identificación. “Yo no cargaba ninguna clase de papel, era un N.N., no tenía cédula, no tenía registro, nada”.

Una suboficial de la Armada Nacional le ayudó a recuperar su identidad. Carlos duró dos meses en ese lugar, esperando a su pareja, quien estaba viviendo el mismo proceso. “La conocí en El Chalcán. Tenía 14 años cuando la reclutaron en la guerrilla. Fue una tía de ella. Cuando la vi me gustó mucho. Ella es blanca, mona, parece una cachaca. Yo le comencé a hablar, hasta que nos enamoramos. Yo tenía veinte y pico cuando nos presentaron”.

Con mucho sigilo, mantuvieron su relación en el monte y como si su historia no fuera ya de por sí, como sacada de una película, Carlos contó que su primer hijo con ella nació entre las montañas. “Eso fue difícil porque allá hacían abortar a las mujeres. Yo le dije de frente al comandante que yo lo quería tener, le expuse las razones. Él me dio esa oportunidad”.

Fue una palenquera la que les ayudó a dar al niño a luz. “Yo le pagué por eso, pero si la veo otra vez, vuelvo y le pago. Hoy el niño tiene 12 años y está estudiando”. En aquella época solo lo tuvieron durante 40 días, luego tuvieron que entregar al bebé a una pareja de campesinos conocidos durante seis meses hasta que Carlos pudo volver por él. Fue un milagro en medio de la guerra y el motor que la

pareja necesitaba para desertar de la guerrilla, un intento en el que muchos perdieron sus vidas.

Hoy este hombre, su esposa y sus cuatro hijos trabajan en lo que sea para salir adelante. “Yo hago oficios varios, trabajo la albañilería. Mi papá tiene una finca y allí colaboro en la siembra de yuca, ñame y luego distribuyo el producido en Barranquilla y Cartagena. La vida me dio otra oportunidad, le doy gracias a Dios porque estoy superando mis errores”.

Crónica 8. “En mi pueblo la guerrilla desahuciaba a la policía”

La violencia se respiraba en los Montes de María. En esa época, después de las tres o cuatro de la tarde ya no llegaban los buses y no se abrían las puertas de las casas. En la noche podía suceder cualquier cosa.

Las muertes de hombres y mujeres en extrañas circunstancias eran la noticia a voces de cada día. En aquel pueblo la guerrilla desahuciaba a la policía, a quien consideraba su enemiga por una puja sobre un territorio de nadie.

Rocío fue una de las primeras mujeres secuestradas en el Carmen de Bolívar. Eso sucedió el 19 de septiembre de 1994. Ese día esta mujer había asistido a una reunión política y luego decidido irse para la finca en compañía de su padre, dos hijos, uno de ellos con síndrome de Down, y la empleada doméstica.

Ya eran las cuatro de la tarde cuando a su hogar de descanso ingresaron varios hombres armados con la supuesta intención de hablar con ella. Pasaron varios minutos de tensión. Algunos hombres centraban su atención en el niño enfermo. “Luego ellos me dijeron que eran guerrilleros, que si podía ir con ellos a una finca cercana. Les dije que sí pero que iba con un trabajador”.

La petición no les gustó, dijeron que no había necesidad de eso, que todo pasaría en cuestión de segundos. “Tuve que acceder. Mi papá, inocente, me dijo que los llevara, que eso a mí no me iba a pasar nada”.

Así fue que Rocío salió de su finca con seis guerrilleros y una guerrillera del EPL. Caminaron hasta llegar al lugar en el que tenía preparado decirle que la iban a secuestrar. “Nos da pena con usted pero tenemos una orden de retenerla. Deje las llaves del carro ahí”.

Sus hijos se quedaron llorando. “Mi hijo mayor le decía a mi papá que a mí me habían llevado uno zapatonos. Seguro refiriéndose a las botas de caucho”

Lo que pasó después fue una travesía de 25 días a lomo de yegua y caminando. “Me tuvieron en varios sitios. Eso fue horrible. A eso de las tres de la tarde a uno le entraba la nostalgia”. Ella pensaba, sobre todo, en su hijo especial. También sentía miedo de que regresaran por él. “Yo tengo más familia y esposo pero, no nos digamos mentiras, uno piensa es en sus niñitos”

A pesar de que el miedo se apoderaba de Rocío, acepta que el trato por parte de los guerrilleros fue bueno. Le extrañó incluso que le dieran buena alimentación, que le enseñaran a desarmar fusiles y a tirar granadas, era como si le estuvieran dando un curso de guerra. “Fue muy raro. Esos guerrilleros fueron muy folclóricos conmigo, se la pasaban escuchando los partidos. Me reí mucho cuando uno le dijo al otro: si los jefes vieran todo lo que estamos hablando con esta señora. La verdad ellos fueron muy chéveres conmigo, a excepción de uno que era muy callado. Ese sí me daba miedo”. Ella pensaba que si la iban a matar, ese sería el llamado a cometer el crimen. Era un joven de unos 22 años.

Los guerrilleros tampoco entendían por qué la plagiaban, solo sabían que era una mujer muy dada a su pueblo, que su trabajo era de monte y que los campesinos de la región la querían, de hecho, hicieron un par de manifestaciones a raíz del secuestro.

Rocío vivía con susto de quedar en la mitad de un enfrentamiento porque además se escuchaba el sonido de los helicópteros. “Cuando eso pasaba me jalaban y me metían en el monte. Vivíamos todo en tiempo en la zozobra”.

A esta mujer la salvó su humildad. Les decía a los guerrilleros que si querían ella ayudaba a lavar los platos. “Deje eso ahí. Usted no está aquí para eso”, pero al rato les decía que si querían ella les ayudaba a brillar los fusiles. Eso forjó una especie de cercanía. Un día le estaban explicando cómo era que se tiraban las granadas.

En un momento había tanta confianza que ella salía con comentarios que los dejaba sorprendidos. “Yo allá les ayudaba a arreglar las botas. Les decía: ustedes sí que son pendejos, mire cómo andan. Sus jefes allá sabrosos en Europa, con los hijos estudiando afuera y ustedes aquí matándose. Sálganse de aquí”. Ellos se quedaban callados porque

sabían que escapar era casi como firmar una sentencia de muerte en contra de sus familias.

Cada cuatro días se desplazaban de un lugar a otro. “Los últimos días durábamos ocho días en la misma parte, como en un rancho abandonado que se estaba cayendo. Yo dormía en una hamaca. Recordaba que un amigo me había dicho que si me secuestraban durmiera en un sitio en donde me pudiera escapar fácil”.

Rocío nunca estuvo amarrada ni amedrentada. “Un día un guerrillero me dijo que qué necesitaba, que yo qué talla de brasier era. Yo les respondí que talla hamaca y ellos se murieron de la risa”.

Así era la personalidad de esta mujer en esa época, siempre de bajo perfil, con zapatos rotos, pero la guerrilla era más astuta y habían pasado mucho tiempo antes del secuestro analizando sus movimientos. Hasta sabían que fumaba y un día le llegaron con cigarrillos a la zona del cautiverio. Conocían cuánto dinero tenía en el banco, 12 millones que le habían dado como liquidación del sitio donde había trabajado por varios años.

Mientras todo eso pasaba, su padre casi se muere y sus hermanos recorrían toda la región buscándola. Se metían por trochas tratando de encontrar a los guerrilleros para buscar alguna salida.

Los días eran aburridos pero Rocío mantenía la esperanza de salir de su cautiverio, aún más desde que uno de los guerrilleros, un moreno joven con quien llevaba una buena relación, le dijo que la negociación iba por buen camino, el mismo que lloró cuando se dio la liberación a cambio de 30 millones de pesos y 25 días de secuestro.

A Rocío la dejaron en la casa de un conocido, uno que hacía política a su lado. Tenía puesto el *jeans* de un guerrillero. Ese día sus hermanos la dieron por muerta porque pensaban que la entrega iba a ser en otro lado.

Ya el daño estaba hecho. Cuando Rocío regresó a su casa, la invadió el miedo y la psicosis. Lo primero que hizo fue sacar a sus hijos de 5 y 6 años de su colegio a uno que quedara más cerca de su residencia, luego se fue para Cartagena por un tiempo. “Mi vida cambió. Yo misma los llevaba a sus clase por miedo a que se los llevaran a ellos”.

Las fincas quedaron al cuidado de los trabajadores que se arriesgaban a permanecer en la zona y muchos animales fueron robados por las guerrillas.

Su familia comenzó a sentir también el flagelo de la guerra, de hecho, supo que las FARC tenían planes en curso para secuestrar a su

hermano. “A él le tocó vender la finca y migrar con su familia para La Guajira, pero allá lo secuestró el ELN”. Mientras eso pasaba, sus fincas estaban abandonadas.

Fue una época difícil para toda la familia. Vivían en una constante tensión a causa de las extorsiones. “No podíamos ni siquiera avisarles a las autoridades, porque nos tenían amenazados. Un día llamaron a mi papá y le dijeron que si denunciaba lo mataban”.

Todo el pasado de Rocío y su familia quedó reducido a una época de completa incertidumbre. Antes del secuestro, su familia se dedicaba a la ganadería y a los cultivos de algodón porque su esposo era ingeniero agrónomo. “Lo que me pasó a mí le sucedió a muchas familias. Recuerdo que las FARC secuestraron a uno de los hombres más ricos de la región pero él se les voló. Él se tuvo que ir a Barranquilla. Eso es algo muy traumático”. Lo mismo pasó con una amiga suya, a la que cogieron y la metieron en un carro un día cualquiera.

Rocío dice que la violencia disminuyó cuando el presidente Álvaro Uribe Vélez llegó a la Presidencia de la República. “Él fue el que salvó la patria aquí en Montes de María porque luego de eso a mí nunca más me volvieron a extorsionar. Hubo tranquilidad en el pueblo, la gente salía, iba sus fincas y todo. Eso no lo puedo negar”. Esa fue la sensación de Rocío por los años 2002 y 2003. Dice también que nunca supo de arremetidas por parte de los grupos de autodefensas ilegales.

Al comienzo sus declaraciones como víctima del conflicto no eran valoradas por las instituciones, pasaron años para que la reconocieran. “Me tocó escribirle a Alan Jara, exgobernador del Meta. Le escribí que él sabía lo que era ser un secuestrado. Hace como dos meses me llegó una resolución en la que me aceptaban como víctima”.

Ese papel no le ha servido de mucho porque pedir una cita en las oficinas del Estado para que atiendan a las víctimas es casi una pesadilla. “Hay muchas quejas de la atención”, asegura.

Hoy El Carmen de Bolívar está sumido en el abandono. Las guerrillas se fueron pero aparecieron las bandas delincuenciales. Rocío sabe que si no prospera el acuerdo de paz todas las pesadillas del pueblo pueden volver a revivir. “Yo estoy de acuerdo con el proceso de paz, a pesar de que a la guerrilla se le dan muchas prebendas. Es más, me gustaría que se diera también uno con el ELN”.

Rocío entra en constantes contradicciones. No entiende por qué si los cabecillas de autodefensas están pagando sus penas en Estados Unidos luego de ser extraditados, las cabezas del secretariado de las

FARC tengan tantos privilegios a pesar de haber cometido crímenes de lesa humanidad, pero también acepta que la guerrilla ha cumplido con varios de sus compromisos. “Eso de los secuestros ya no se oye por acá”.

Rocío es una mujer guerrera, que no se envenena de rencor. Cuenta que un día se encontró con uno de los guerrilleros que la mantuvo secuestrada. El encuentro se dio en medio de una huelga porque no había carne en la región. Ese día, a las siete de la mañana, ella visitaba a una mujer que le vendía el producto. “Cuando yo estaba comprando la carne vi a un muchacho caminando por el centro del cañito, como le decían a ese lugar. Es decir, estaba caminando por donde corría el agua”.

A ella le sorprendió que la mirara y se riera. Luego, hablaron. Le preguntó cómo estaba anímicamente, le dijo que él y sus compañeros en el monte la pensaban mucho. No pasó nada más, solo el recuerdo de esos días entre la maraña.

(*Nombre cambiado por solicitud de la víctima)

Crónica 9. “Nosotros no somos partidarios de ningún tipo de causa, solo queríamos un mejor pueblo”

Hace 23 años, un grupo de jóvenes escritores, poetas, artistas y comunicadores se reunieron en la Casa de la Cultura de El Carmen de Bolívar para ser testigos del nacimiento del Colectivo de Comunicación de los Montes de María.

Era una época de paz en la que rara vez ocurría algo en el pueblo. La falta de agua por la inexistencia de un acueducto que surtiera a la población del preciado líquido era el problema más grave, también los caminos de trocha y la ausencia de una red de alcantarillado.

En ese momento lo único que le importaba a la juventud era rescatar esos valores culturales que se iban perdiendo. “Como ahora, éramos ciudadanos de a pie, comunes y corrientes. No militábamos ni con la izquierda ni con la derecha, solo queríamos un mejor pueblo”, dijo Soraya Bayuelo, líder de la región, una mujer aguerrida de 59 años, que dedicó su vida a sacar de la guerra a jóvenes y niños.

Por esa misma razón, protestaban para que las escuelas estuvieran en mejores condiciones, incluso hicieron las famosas marchas del

ladrillo, se conseguían tómbolas para hacer fiestas que les permitieran recoger fondos, o armaban partidos de básquetbol para estimular el deporte entre los jóvenes. “Como ahora, éramos socialistas, personas que creemos que los conflictos se resuelven dialogando, es decir, éramos gestores culturales a favor de los niños y los jóvenes”.

Y en ese contexto, Soraya, la protagonista de esta historia, siempre quiso ser comunicadora social. Antes de estudiar, recuerda, se las arregló para trabajar en la radio local, el mismo lugar que sirvió para replicar las voces de los grupos culturales de toda la región de Montes de María y El Caribe. No había festival, cumbiamba, gaitero, presentación teatral o evento que ellos no registraran en audio y video, pero no era solo eso, pues cualquier persona de a pie tenía voz en la emisora. Eso fue hace 30 años, un sueño que comenzó a marchar con equipos viejos pero que poco a poco fue creciendo.

Mientras Soraya y sus amigos trabajaban en su proyecto de comunicación otros grupos dedicaban su tiempo al teatro, la música, la danza y la literatura. “Hace 30 años soñábamos que hubiera una escuela de música que se llamara Lucho Bermúdez, pues él nació aquí, en El Carmen de Bolívar”. Querían ver a los niños de la región con sus partituras y sus instrumentos musicales caminando por las calles del pueblo. “Hace muchos años habían dos escuelas. Los maestros eran el abuelo de Lucho Bermúdez y sus tíos”. Todos esos recuerdos hacen parte del legado cultural de los Montes de María.

Esos propósitos hicieron que el colectivo, que ya cumple 23 años, saliera adelante mucho antes de que el conflicto armado hirviera en la zona.

Soraya recuerda ese momento, todo en el pueblo cambió. “El conflicto llegó en la mitad del proyecto. De un momento a otro, estallaban bombas, secuestraban y maltrataban a la gente”. Todo el brillo de la región se opacó.

El fin del progreso

Fue un golpe duro la llegada de la guerra porque además toda la economía de la zona se vino al suelo. Montes de María era una región con vocación agrícola que poco a poco fue cayendo en desgracia.

Aspectos tan importantes como el cultivo del tabaco que, además de las ganancias económicas y el trabajo que generaba, producía

todo un proceso de cohesión familiar y social, se vio disminuido. “En eso, por ejemplo, las mujeres tenían un papel muy importante. Ellas tenían sus propias cosechas de 2, 3, 5 hectáreas de tabaco negro. Eso hacía que tuvieran ingresos propios. Esa era la liberación femenina para mí porque ellas eran conscientes de sus derechos y sus deberes”, dijo Soraya y agregó que lo mismo pasó con el cultivo de arroz en María La Baja.

Era como si todos los espacios se fueran cerrando, sobre todo, desde 1995 hasta el 2008, cuando el conflicto se agudizó.

Soraya recuerda el primer caos que vivió su pueblo. Eso fue el 5 de julio de 1998 a las 4 de la tarde. “Fue una masacre en el mercado del Carmen de Bolívar. Mi hermano Milton Rafael Bayuelo Castellán, que trabajaba conmigo en el colectivo, fue asesinado junto con otras cinco personas. Solo tenía 37 años”.

La vida de Soraya se partió en dos. Dice que quien lo mató fueron hombres de las primeras células de las AUC que delinquían en el sector. “Nos acabó la vida y todos nuestros proyectos se desmoronaron. Mi hermano o ‘Chichi Bayuelo’, como le decían, era un hombre bueno, nunca hizo nada distinto a amar y que lo amaran”. Hoy, 16 años después, aún le ponen flores en su tumba.

Seguida de esa muerte hubo muchas más, sobre todo, de líderes sociales, y las masacres de El Salado, El Chengue y Brisas que llevaron la guerra al tope de la sevicia humana. También comenzó la ola de desplazamientos como la del corregimiento de Mampuján. “El año 2000 fue espantoso, el tiempo más oscuro de la región. No podíamos cubrir la noticia de la misma forma, teníamos que explorar otras formas de hacer periodismo”.

Aunque el colectivo intentó ser fuerte en medio de la crudeza de la guerra, cuando entraron a cubrir la masacre en El Salado no pudieron contener las lágrimas. “Yo me senté a llorar por 4 horas. Al pueblo lo masacraron 450 paramilitares que vinieron de todos los costados”. Soraya cuenta que la poca gente que quedó tuvo que encerrarse en sus casas. Todo fue una tragedia, incluso, decían que el camino hacia la población estaba minado.

Mucha gente con la que Soraya y sus amigos habían ido a fiestas culturales cayó en una masacre inexplicable. “El Salado era el emporio tabacalero más grande del Carmen de Bolívar, generaba empleo. No alcanzábamos a salir de esta tragedia cuando una peor ocurría. Según

el Centro de Memoria Histórica, hubo 56 masacres, nosotros contamos 104, solo aquí hubo 34”.

Las amenazas

Soraya no se salvó de las amenazas. Un extraño, y sin saber por qué, le dijo que se cuidara porque la iban a matar. Ella sabía que no debía exponerse, no solo porque no quería que la asesinaran sino porque no quería causarle otra tristeza a su madre, quien no se recuperaba de la muerte de su hijo.

Por eso tuvieron que comenzar a trabajar con los niños, una labor que tiempo después fue más reconfortante porque fueron ellos los que más sufrieron, los que perdieron a sus padres y hermanos, los que habían enterrado las esperanzas. “Uno los encontraba llorando en un rincón, se les preguntaba que por qué y ellos decían que porque se acordaban de sus familiares muertos. Estaban destrozados. Nunca tuvieron ayuda sicosocial”.

A pesar de este trabajo Soraya y su equipo tuvieron que migrar a Cartagena, huyendo de la violencia, dejando atrás su tierra y a su proyecto detenido. Era una época de restricciones de circulación, de asesinatos y de zozobra. “Solo en Toro Viejo 18 jóvenes fueron desaparecidos. Hoy sus madres siguen preguntándose dónde están”.

Carmen de Bolívar era un pueblo abatido no solo por los paramilitares, sino por las guerrillas que delinquían en la zona. “Las FARC hicieron también muchos estragos. Era de las guerrillas más rudas y crueles. No solo ponían bombas, sino que extorsionaban. Mucha gente que vivía bien se tuvo que ir, sobre todo esa gente que por su trabajo había conseguido cosas lo perdieron todo, los viejos sufrieron mucho, los arruinaron”. Son víctimas que nadie registró pero que existen.

Pero mientras Soraya trataba de reponerse en Cartagena, el 17 de agosto del año 2000, otra noticia trastornó la vida de esta familia: a las 6:30 de la tarde una bomba estalló en la ferretería Santander, ubicada en Carmen de Bolívar, propiedad de un bogotano. “Mi sobrina iba pasando por allí de causalidad con dos niñas más en un moto. Murieron al día siguiente con todo su cuerpo quemado”.

Cuando llegó al pueblo, fue recibida en una calle de honor. Profesores y alumnos del colegio Nuestra Señora del Carmen los recibieron y acompañaron en el dolor. El pueblo olía a tristeza, a desolación.

La decisión

El dolor estaba vivo en la familia Bayuelo, ese mismo dolor hizo que Soraya, frente al féretro de su sobrina, tomara una decisión, de esas que solo se toman una sola vez en la vida. “Le dije a mi amiga, así me maten yo nunca más me voy a ir del Carmen de Bolívar. Aquí no pueden morir más jóvenes, ellos son la esperanza del pueblo”.

Su hermano Milton y su sobrina María Angélica se convirtieron en dos semillas de paz. A partir de ese momento, el colectivo volvió a la zona a trabajar por los niños y los jóvenes sin el más mínimo deseo de venganza. “Mi mamá decía: el que odia es él quien se hace daño, no vamos a resucitarlos, por lo tanto, nadie va a levantar la mano contra nadie”.

No fue una decisión fácil. Un día Soraya tuvo que hablar cara a cara con uno de los asesinos de su hermano, él quería desmentir los rumores que rondaban por la región. “Yo le dije: no sé qué estará diciendo el pueblo, lo único que le puedo decir es que ni yo ni mi familia va a levantar la mano contra nadie”. Ese día esta mujer no paró de llorar, sentía como si la sangre hubiera salido de su cuerpo.

Esos eran los valores que esta mujer había aprendido de su familia, la misma que le aconsejó cortar el hilo de los deseos de venganza porque al final eso no servía para nada, mucho menos para acabar con la guerra. “Cuando las víctimas asumimos esa postura no es porque seamos héroes, sino para que los malos valoren la vida, la familia”.

Su misión y la de su colectivo fue entonces luchar para que ningún joven volviera la guerra. “Me dediqué a enseñarles a los pelaos a hacer cámara, periodismo, crónica, reportaje. Eso era mejor a que cogieran un fusil”.

La lucha

Desde que Soraya tomó la decisión de luchar por los derechos de su pueblo, no ha parado de viajar como representante de las víctimas. La Habana (Cuba), Barcelona (España) y Ciudad de México (México) han sido solo algunos de sus destinos internacionales. A esos lugares llevó la voz de su pueblo, las tragedias, los sufrimientos que tuvieron

durante la guerra. También ha hecho lo propio en Colombia: en Barranquilla, Cartagena, El Salado, Chengue, María la Baja.

Soraya sabe que la muerte de su hermano y su sobrina no quedarán impunes si se les recuerda como semillas de paz. “Luchamos para que lo que les pasó a ellos no le ocurra a otras personas. Nadie debe pasar por ese dolor”.

No es un discurso solo de palabras, el colectivo, se dedica a organizar festivales de cine, documentales, eventos culturales como el museo de la memoria, este último con el propósito de contar todas las historias de la guerra. “Aquí les damos voces a los campesinos, queremos hacerles un homenaje a los ausentes, una reparación simbólica desde la sociedad civil hacia las víctimas del conflicto porque fuimos nosotros los que pusimos los muertos en una guerra que no era con nosotros”, explicó Soraya.

A pesar de todo el esfuerzo de su colectivo, es consciente de que pasará mucho tiempo antes de que los reparen y de que la gente entienda que Montes de María no es sinónimo de violencia. “Recuerdo una vez, estando en Cartagena, que alguien se persignó cuando leyó el nombre de nuestro colectivo. Éramos como una mancha roja, así nos veían”.

En eso trabaja mucho Soraya, en recuperar la confianza de los moradores de la región, en que exista la comisión de la verdad, en trabajar para recuperar la dignidad que la guerra les robó.

Este pueblo no solo quiere homenajes, quiere inversión social, que sus jóvenes puedan aceptar las becas que se ganan a través de algún apoyo para sostenerse en el día a día, que haya seguridad, que vuelva la confianza a todas las instituciones del Estado.

Sin embargo, está ocurriendo algo, hay una transición hacia la paz, por lo menos desde sus actores. Hace poco, la policía fue quien le facilitó a Soraya transportar a unas personas para que fueran a El Salado, a un evento de cine en la plaza central, y también en La Habana, las FARC les pidieron perdón por todo lo sucedido. Estos actos que pocos entienden son la felicidad de un pueblo que está cansado de la muerte. “Le digo a los colombianos que esta guerra no se puede repetir. Yo prefiero ver a las FARC echando discursos en el Senado y no bala acá en el monte. La paz no solo se firmó en La Habana, la paz debe hacerse en los territorios. La guerra, en cambio, fue una vergüenza nacional”.

Soraya quiere llenar de escuelas a su pueblo. “Tengamos los años que tengamos, seguiremos soñando, eso nadie no los quitará”.

Crónica 10. “Fui violada por varios hombres a la vez”

Cecilia, oriunda de Sincé, está a punto de cumplir 50 años. Sabe exactamente cuándo fue que su vida dio un giro sin retorno. Pasó de vivir con su esposo y sus hijos a dejarlo todo por culpa de una infidelidad. “No pude soportar ese engaño. Estudié en un colegio de monjas, tengo principios. La lealtad es algo fundamental para mí”.

Durante un tiempo, tuvo que alejarse del seno de su familia. Sus hijos vivían en el municipio Sincé, en Sucre, con su abuela paterna, durante ocho meses, mientras pasaba la tormenta. “Fue una época difícil. A mí me tocó irme a cuidar a mi mamá porque le había dado una trombosis y con ella una parálisis facial”.

La madre de Cecilia era una líder del corregimiento de Baraya (Sucre), jurisdicción de Galeras. Le gustaba ayudar a la gente y a la comunidad, era una amante del Partido Liberal y su esposo también, de hecho, en su casa solía hacer reuniones para hablar de los problemas del pueblo en temas de salud o educación. “En ese momento, había un ambiente muy bonito, yo tenía 32 años”.

Pero el 30 de noviembre de 1999 madre e hija fueron invitadas por un político de Galeras, a una finca de su propiedad. Él era un político conocido, ganadero de oficio, que solía mostrarse siempre muy interesado por los problemas de su comunidad.

Ese día aquel hombre quería hacerles a Cecilia y a su madre una especie de acto de agradecimiento por las labores cumplidas. “Él tenía un carro y nos iba a mandar a recoger en un vehículo pero nosotras solo vimos llegar a dos chicos que no conocíamos. Eran como las tres de la tarde, entonces pues nos fuimos con ellos de puras confiadas”.

A las 3:35 de la tarde en un paraje de la carretera las motos se detuvieron con la excusa de que alguien más las recogería pero en un carro, algo que nunca pasó, en cambio sí el arribo de cinco hombres fuertemente armados, uno de ellos de contextura gruesa. En ese momento fue difícil identificar de qué grupo hacían parte. “Había uno que se destacaba. Tenía botas negras pantaneras, era un hombre grueso, gordo. El uniforme le quedaba estrecho, sus botones estaban a punto de reventar, sus pantalones estaban sin correa, era como si la ropa que tenía no le perteneciera”.

Cecilia tuvo que ver cómo violentaban a su madre. La primera frase que les dijeron fue la sentencia de lo que les iba a suceder: “Pórtense bien o les vamos a dejar un recuerdo para toda la vida”. Luego

ella solo veía cómo la sangre corría por el cuerpo de su progenitora. “A mi madre la violaron de la peor forma”².

Esta mujer recuerda el olor de ese día, sus gritos descarnados, las manos de los extraños dentro de su boca, los golpes en su cabeza y en sus brazos hasta dejarla inconsciente y luego un despertar peor de angustioso. “Vi correr sangre por mis piernas, olía a violencia, mi cuerpo estaba untando de semen, de toda clase de fluidos, mi cabello estaba suelto. Yo también había sido violada y por muchos hombres a la vez”,

Antes del golpe que la dejó sin conocimiento y con una fractura, llegan a su mente recuerdos difusos, como el del hombre gordo haciendo señas y dando órdenes de que la macabra tarea se cumpliera rápido. “Ese tipo tenía un olor característico, me era familiar, como cercano a la casa”.

En medio del ataque, uno de los hombres apretó con tanta crueldad la boca de Cecilia que ella perdió parte de su dentadura.

Las dejaron tiradas en el suelo con sus cuerpos llenos de tierra y arena. Con su autoestima en el piso caminaron varios kilómetros de la carretera sin que nadie las auxiliara, hasta llegar a donde un familiar que tenía una parcela. “Era de noche. Cuando llegamos a donde mi hermana nos limpiamos con vinagre, con plantas de albahaca, llorábamos como desesperadas, mientras lavábamos nuestra ropa en una letrina”.

Luego, en casa, volvieron a bañarse, sin pensarlo, por asco, se habían despojado de cualquier prueba de lo que habían sucedido, menos de sus cuerpos hinchados y adoloridos a causa del ultraje. “Es que no queríamos que nadie de la familia se diera cuenta”. Pero esa tarea fue difícil porque tuvieron que hacer maromas para ocultar los moretones y, peor aún, con un nudo en la garganta de no poder llorar. “Mi mamá y yo hicimos un pacto de silencio”.

Ellas ocultaron su desgracia, se sacrificaron para que no fueran a tomar represalias en contra de su familia. Juntas solían visitar un pozo, solo allí podían desahogarse, llorar. “Solo ese hueco fue testigo de nuestro dolor”.

El ambiente de esa época no era el mejor. La violencia se agudizó, los asesinatos eran noticia diaria y, como si fuera poco, la mujer

2 Para comprender la dimensión estadística de la violencia sexual en la región, remítase al capítulo dos de este libro.

que cuidaba a los hijos de Cecilia la llamaba a decirle que el padre de los jóvenes no había vuelto a mandar dinero. “Me tocó valerme de la estrategia más puerca. Me fui con un señor que se las tiraba de estar enamorado de mí, era ganadero y tenía mucha plata. Fue la única forma de salirme de la situación en la que estaba”.

Así fue que pudo llegar al Carmen de Bolívar el 18 de febrero del año 2000. El mismo año en que miles de personas salían huyendo de El Salado. Allí vivió con ese hombre, el mismo que tiempo después también la maltrató de las peores maneras. “Yo siempre untaba una toalla con sangre de ganado solo para no tener que estar con él”.

Mientras eso pasaba, su exesposo había iniciado la vida con otra mujer en Barranquilla y sus hijos estaban abandonados. “El ganadero terminó por irse y a mí me tocó ponerme a trabajar, era difícil porque mi esposo nunca me había dejado estudiar. Lo único que pude hacer fue comprar un secador y una plancha para peinar a las mujeres, era lo único que sabía hacer”.

Cecilia equipó su casa y se fue haciendo conocer, también participando en reuniones, donde terminó por conocer la historia de mujeres que como ella padecían las consecuencias de la guerra y de la violencia. “Así comencé a empoderarme tanto que tomé la decisión de denunciar y justo en ese momento falleció mi mamá”.

Lo más duro fue volver a desenterrar al demonio, recordar los rostros de los hombres que las violaron. “Gracias a esa investigación se supo que el hombre gordo hacía parte del Frente 35 de las FARC y que lo habían asesinado”. También se descubrió que en una finca cercana a los hechos guardaban ganado robado y realizaban abortos ilegales, así como que su dueño era ideólogo de la guerrilla, del Frente 35 de las FARC, que operaba en los Montes de María. Tiempo después este hombre fue asesinado.

Ese fue un paso importante para que Cecilia comenzara a soportar las cargas de la violencia sobre su cuerpo. Ella hace parte de un grupo de campesinos de las zonas bajas, de hombres cabeza de hogar, que después de tantas muertes han buscado superarse.

Cecilia siempre está en la búsqueda de proyectos productivos de mujeres y hombres campesinos, también le gustan los que ayuden a sacar a los jóvenes del consumo de droga. Ha visto cómo el microtráfico es un negocio que pulula en los cascos urbanos. “Tratamos de hacerlo a través de la cultura, el arte y el fútbol, eso los mantiene ocupados”.

Ser estilista fue la forma de sacar adelante a sus hijos, de pagarles el estudio, ahora lo hace poco porque su cuerpo está debilitado. “Solo trabajo cuando hay brigadas de niños y de mujeres, me gusta que sientan que tienen un día para consentirse”.

Cecilia dice que hizo parte de una organización mixta de Montes de María pero que allí terminó también por ser vulnerada en sus derechos. “Ahí fue cuando conocí a otras mujeres que habían pasado por lo mismo. Tomamos la decisión de trabajar por nosotras mismas”. Así nació la fundación Mujeres Heridas. Solo asistida desde Bogotá por Sisma Mujer, quien las ha asesorado en la parte jurídica y psicosocial.

Hoy son 15 las víctimas procedentes de diferentes municipios las que hacen parte de este movimiento, todas abusadas por diferentes grupos armados ilegales y hasta violentadas por miembros de su propia familia, es decir, por tíos o abuelos.

Lo más difícil para ellas es la revictimización. “A pesar de que trabajamos para documentar los casos cuando vamos a La Personería o a la Fiscalía nos sentimos más estigmatizadas, más vulneradas, muchas veces no nos creen lo que nos pasó, por eso es que muchas mujeres prefieren no denunciar”. El Estado colombiano no ofrece garantías para ellas.

Solas han tenido que aprender de trámites jurídicos, tutelas, derechos de petición para poder ser buenas defensoras de los derechos humanos. “Esa labor de ayudar a otras mujeres nos ha valido amenazas, nos ha hecho alejarnos por tiempos de nuestros territorios pero la necesidad de que a otras no les pase lo mismo nos obliga a volver”. Hoy no solo son buscadas para acompañar casos de abuso sexual contra niños, sino que han logrado que muchas víctimas de la barbarie sean capaces de romper en llanto al contar sus historias y luego atreverse a denunciar.

Su única satisfacción es ver el rostro de una mujer sonreír. “Hoy cuento lo que me pasó sin tantas lágrimas pero esto es algo que lamento, que nunca se olvida, que sigue doliendo”.

Cecilia sigue amenazada. Las últimas palabras de odio las escuchó el 15 de junio de este año a través de una llamada telefónica pero el 8 de octubre hombres desconocidos fueron capaces de entrar a su casa a decirle que tenía ocho días para salir del pueblo.

Tiene miedo, pero seguirá, dice que aún tiene fuerzas.

Crónica 11. “Dios mío, yo sé que estoy mocho, pero déjame vivir”

En El Sagrado Corazón de Jesús, un barrio popular se Corozal (Sucre), nació Fabio del Cristo Valdovino Vuelvas. De niño, solía ver el desfile de soldados que patrullaban la montaña que colindaba con las fincas de las calles a donde creció. Lo disfrutaba.

De solo cinco años, solía detallar los fusiles, los uniformes camuflados y, en general, toda la parafernalia militar. Vivía en tal pobreza que ese resultaba ser el mejor de los planes.

El resto del tiempo el niño vendía empanadas en un caldero típico de la costa. Con un palo aporreaba la olla mientras gritaba: ¡empanadas!, ¡empanadas! o ¡arepaehuevo!

Fabio tenía que ayudar a su madre, sacar a su familia de esa realidad que los condenaba a días sin dinero para comprar comida. Trabajó como ayudante de albañilería y con lo poco que ganaba se las arregló para sacar adelante su bachillerato. “Esa situación me tenía desesperado, por eso tomé la mejor decisión de vida: prestar el servicio militar en la gloriosa Armada Nacional de Colombia”.

El 3 de febrero de 1999 comenzó esa travesía que terminó el 3 de mayo del año 2000. Cuando regresó a su hogar solo le rodaba la idea de estudiar Contaduría. “Yo me matriculé y pagué con el dinero que me dieron de la baja. Hice dos semestres, comencé el tercero pero la acosadera de las directivas porque yo no había pagado me hizo retirar”.

Fabio tuvo que volver a ‘la rusa’, como le dicen al oficio de la construcción, durante dos meses para reunir el dinero suficiente para realizarse unos exámenes médicos que le permitieran presentarse como infante de marina profesional. “Gracias a Dios, se dio la oportunidad. Yo comencé mi carrera militar a finales del año 2001 y me gradué como infante de marina profesional en febrero del 2002”.

Su primera misión fue en el área de fusileros en contraguerrilla. Eso fue en Yati (Bolívar), un batallón fluvial en donde tenían que patrullar en botes piraña para mantener controlada la zona.

Cinco meses después de comenzar esta misión un comandante decidió que Fabio tenía que pagar la cuota, esa que significaba enfrentarse con la guerra, la que no había vivido internado en el batallón en el que había estado durante varios meses. “Por eso nos trasladaron a las áreas de contraguerrilla, un lugar en donde el patrullaje se hacía a pie”.

En ese tiempo, existía el Bacim 1, el Batallón de Contraguerrilla No. 1 de Corozal. Al día siguiente de su llegada, sin siquiera haber digerido lo que le esperaba, Fabio estaba caminando por los Montes de María. “Uno quedaba loco porque de un momento a otro uno estaba dentro de una operación contra estos grupos”.

Ejército, Fuerza Aérea y Armada Nacional operaban con el único propósito de debilitar a la guerrilla. “Recuerdo mucho el arribo de helicópteros, subían y bajaban, eso parecía un película, como ese programa que se llamaba Misión del Deber”.

Cuando no era en la tierra, los soldados eran embarcados para navegar por los espesos ríos de la región. El mismo día en que llegaron a Chalán, ese mismo día supo lo que era una lluvia de plomo. “Uno como soldadito primíparo no sabía si pegársele a la riata de los militares. Fue muy difícil adaptarme pero yo quería ser militar en ese momento”.

Fueron tiempos muy duros porque en esos pueblos los infantes de marina, que llegaban como representación del Estado, no eran bien recibidos. Según cuenta, los lugareños les negaban hasta un vaso de agua. “Unos decían hola y se encerraban, los niños nos tenían miedo u odio, yo no sé”. La confianza volvió solo seis años después de que la vida de muchos hombres trascurriera patrullando los Montes de María de norte a sur.

El objetivo militar era derrotar los frentes 35 y 37 de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), que eran los que más incidencia tenían en la zona pero también combatir reductos del Ejército Popular de Liberación (EPL) y del Ejército de Liberación Nacional (ELN) que protegían su espacio en la montaña. Y a todo eso se le sumaba la misión de contrarrestar la presencia de las llamadas Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) que hacían presencia en el golfo de Morrosquillo en San Onofre. “Fueron cuatro grupos al margen de la ley que nos tocó perseguir en ese tiempo”. Fueron años de resistir lo más crudo de la guerra, pero no lo más difícil de la vida militar.

La mina

Fabio vivía de compañía en compañía. Pasó de ser un soldado tímido a ser uno destacado, por su temple para soportar situaciones de alto riesgo, tanto que fue llamado a hacer parte de un grupo especial. Estando ahí dio de baja a uno de los últimos cabecillas del EPL.

No era para menos. Habían encontrado mucho material probatorio como cartas en donde la tropa guerrillera manifestaba su inconformidad y argumentaba que se venderían al mejor postor o que desertarían. “No estoy de acuerdo con algunas cosas de la guerra pero hay que aceptar que se dieron buenos golpes”. Fabio sabe que algunos militares cometieron errores, pero dice que no se puede generalizar y culpar a toda la institución. “Todo lo que yo hice fue legal y en el cumplimiento de mi deber como soldado de la patria”. Luego de conocer sitios inimaginables, de llegar renovado y con fuerzas para seguir adelante, Fabio volvió a sus labores militares.

Por esos días, un guerrillero del Frente 37 de las FARC se había desmovilizado y delatado la ubicación de sus compañeros. Eso hizo que se movilizara la fuerza militar a la zona. Tardaron dos días para llegar al punto.

Era 29 de octubre de 2005. Venían de una noche difícil en la que habían dormido en la falda de un cerro al que debían subir. A las 3:30 de la mañana, comenzó la jornada.

Cuatro horas después, Fabio decidió hacer un alto en el camino. La tropa tenía que hidratarse. Entonces, en un balde vaciaron las bolsas de leche en polvo para mezclarlas con Chocolisto, bebida que acompañaría con un salchichón cervecero. Ese fue su desayuno. “Luego pues fui a hacer mis necesidades fisiológicas, y luego pues ya estaba listo para arrancar”. Haber hecho eso le salvó la vida, luego los hechos explicarían por qué.

Pasaron 25 minutos de caminata cuando en un ascenso Fabio accionó una mina antipersona que voló en cuestión de segundos su pierna izquierda y lo dejó postrado en el suelo. “Cuando quise levantarme, lo único que vi fueron mis dos huesos, la tibia y el peroné, unos chuzos con los que yo me intentaba levantar, sin saber bien qué había ocurrido”.

Su otra pierna, la derecha, parecía enrollada detrás de su espalda. Cuando el infante intentaba tocar su cuerpo lo único que agarraba eran pedazos de carne que se le desprendían del cuerpo. Ese día, durante el hostigamiento, también murieron dos de sus compañeros, uno de ellos en el área de operación, en las lomas de la Sierra de Balguero, jurisdicción del Carmen de Bolívar, muy cerca de Arroyo Arena. “Nunca se me va a olvidar ese sitio. Ese día mi vida cambió”.

Los infantes que vivieron ese momento recuerdan que el apoyo solo llegó a las 10:30 de la mañana, más de tres horas después de lo

sucedido. “Por eso mi amigo falleció y yo estuve a punto de morir. Recuerdo que llegó una doctora, que me puso una máscara de oxígeno y luego desfalecí”.

Su tropa estaba desestabilizada porque vieron pedazos de su cuerpo adheridos a sus botas. El ataque fue una carnicería, una barbarie. “Lo que hicieron no tiene justificación, uno puede ser de extrema derecha o izquierda, eso estuvo mal, muy mal. Yo era un joven de 25 años”.

A Fabio lo salvó no haber perdido el conocimiento mientras era transportando en un helicóptero para recibir atención médica. El dolor llegó a su cuerpo lentamente, al comienzo no sentía nada pero después le gritaba al enfermero que le inyectara más Tramadol. “Él me decía que no podía hacer eso porque me podía morir, pero el dolor era tan fuerte que yo le decía que no importaba”.

No se sabe qué ocurrió para que este hombre sobreviviera, pero sí que sirvió que antes del ataque hubiera “defecado”, de lo contrario, habría sido más inminente una infección, que en las condiciones en las que quedó hubiera sido letal. “Por eso es que yo cuento esa parte íntima del ataque, porque sé de muchos otros a los que se les engangrenó el cuerpo. Mis nalgas quedaron con huecos. La onda explosiva destrozó mi morral, solo quedó la parrilla de metal, me dejó desnudo, con mi cuerpo repleto de esquiras”. Fabio llora recordando este momento.

Ocho días después de haber quedado postrado en una cama, abatido por el dolor y los medicamentos, Fabio despertó en un cuarto de hospital. Fue el comandante de la brigada quien le contó que uno de sus compañeros había muerto y que lo habían enterrado el día anterior.

El infante no comprendía que ya habían pasado ocho días desde el ataque, que varios de sus amigos lloraran a su lado, enloqueció cuando vio que sus piernas ya no estaban. “¡Como así, yo traje esa pierna pegada. Esto es una carnicería!”. El infante maldecía a todos los que estaban allí. Fue un momento traumático.

Recuerda que echó a toda su familia, a su novia y qué empezó a preguntar a gritos quién lo había operado. Algunos médicos le decían que eso había pasado porque su cuerpo estaba muy mal. Tuvieron que inyectarlo para calmarlo. Durante tres días vivió como en un estado de embriaguez, hasta que poco a poco fue recuperando su conciencia.

Las dos piernas de Fabio fueron amputadas, una a la altura de la rodilla y otra por debajo de la misma. “Fue un episodio traumático para mí. Viví momentos de angustia, escuché a mis compañeros informar que yo me iba a morir”. No solo le cercenaron sus piernas, sino su vida. Fue el octubre más negro de su vida.

Luego devino un momento de calma, de pensar en el amor que le tenía a su hija, en que le había pedido a Dios la oportunidad de vivir, así fuera sin sus piernas. “Dios mío, yo sé que estoy mocho, pero no me quites la vida, déjame vivir así, que yo así mocho quiero vivir”. Así comenzó su recuperación.

Fabio fue tratado por psiquiatras y psicólogos. Recuerda que le ofrecían platos a la carta porque durante un tiempo el infante se resistía a comer. Era como si su estómago se hubiera cerrado. “Yo me antojaba de muchas cosas pero cuando me traían la comida me daban náuseas”.

La primera etapa de la recuperación fue de unos siete meses entre hospitales de Barranquilla y Bogotá. Recuerda que la primera sonrisa después de toda la pesadilla fue ver a un grupo de ‘mochos’ riéndose y jugando. “Pensé, si ellos están igual que yo, o peor, por qué no podría yo salir adelante”. Eso fue un aliciente en esos días de sufrimiento, lo mismo que unas charlas con la doctora Constanza Álvarez que lo hicieron llorar, sacar todo ese dolor que lo estaba envenenando. Fue ella también la que le devolvió sus deseos de estudiar. “Recordé sus palabras el día de mi graduación y le agradecí todo lo que había hecho por mí”.

La recuperación

El deseo de estudiar le dio una razón para vivir. Lo primero que se le ocurrió fue retomar sus estudios de contaduría pero luego se le metió la idea de que además de militar quería ser abogado. “La gente me decía, usted ya se sabe todo, lo único que le falta es el cartón”. Nunca olvida el día que su mujer le regaló una Constitución política y le dijo: “Mira, para que te vayas preparando antes de entrar a estudiar”.

Fabio ingresó a la Corporación Universitaria del Caribe (Cecar) y retomó su vida con su esposa y sus hijos. Años después, estaba recibiendo su cartón y con este la oportunidad de ingresar de nuevo a la Armada.

Un amigo le habló de FAJARC, un grupo de abogados que asesora a militares. “Me dijo que un coronel Salcedo era el representante legal y ahí me acordé que a este señor le decían ‘el tripas’ y que había sido comandante mío cuando todo sucedió”.

Fabio se atrevió a llamarlo y aunque no había vacantes en ese momento le recibió la hoja de vida. “Hombre, lo felicito. Deme 15 días a ver qué puedo hacer”, así comenzó otro de sus sueños porque le dieron la oportunidad de trabajar en Corozal como abogado adjunto. No es un profesional común y corriente, ya que además de su carrera sabe lo que es vivir en el monte al servicio de la patria. Por eso los soldados lo llamaban buscado asesorías.

Todo eso permitió que con el tiempo se convirtiera en el abogado titular. “Volví a ser feliz, más que antes, porque ahora amanezco y oscurezco con mi familia, hago algo que me gusta, disfruto mi profesión”.

Fabio recuerda tantas cosas de su vida que a veces le cuesta trabajo entender por qué su vida ha dado tantas vueltas. “Es que hasta he subido de nivel social. Recuerden que a mí me tocaba ir a limpiar el patio de un vecino para ganarme 400 pesos para comprar una libra de yuca”. Se ha convertido en todo un ejemplo para la comunidad.

Y no ha parado de proyectarse. Su próxima meta es hacer una especialización en la Universidad del Norte en Barranquilla. En enero próximo iniciará sus clases. Quiere, algún día, llegar a ser juez de la República. Sus ideas de la vida han cambiado tanto que dice que podría, incluso, abrazar al hombre que sembró la mina. “Eran tiempos difíciles, cada quien luchaba por algo, tenía sus razones, no era nada personal. Yo apoyo el proceso de paz, solo le ha traído cosas buenas a Colombia”.

Fabio sabe de qué habla, porque supo de la guerra desde que era un niño. “Yo soy campesino, vengo de La Mojana. Allá mi papá tiene unas vaquitas, un caballo y un burro. Yo, en ese tiempo del conflicto que me metí a la vida militar, no podía ir allá, porque él era objetivo militar”.

Hoy dice que lo ha podido visitar y pasearse la pequeña finca montado en un burro viejo. Esa es la diferencia de un país en guerra y uno en paz. Por eso no entiende cómo hay personas que no comprenden que lo que hubo fue una negociación en donde ambas partes ganaron.

Nunca se supo si el informante de las FARC no advirtió o no sabía que esa zona estaba minada, nunca se sabrá si fue una omisión voluntaria, la única certeza es que Fabio pudo tomar una decisión: la de vivir.

Crónica 12. La Casa del Almirante: el buen amigo

El Sargento Mayor Gustavo Godín Figueroa, de la Infantería de Marina, no esconde la emoción al hablar de la Casa del Almirante que funciona, desde el año 2003, en el municipio de San Jacinto en el Bolívar. Cuando recuerda la transformación que tuvo el municipio y la región en las últimas dos décadas, siente un profundo orgullo de la gestión realizada, y del trabajo logrado con la comunidad.

Reconoce que el inicio no fue fácil. En el año 2003 el conflicto armado interno estaba generando profundas heridas en la población y ello hacía que la gente “no quisiera saber ni de guerrillas, ni de paras, ni de policías, ni de la Armada”; el miedo generalizado hacía que la sociedad sintiera desconfianza de todos, incluso de las instituciones del Estado que velaban por salvaguardar la seguridad. El Sargento Godín no acusa a la población por haber tenido esta desconfianza, al contrario, reconoce que en ese contexto era normal y comprensible tal reacción.

Ante dicho panorama, la decisión estratégica de la Armada Nacional fue clara: era necesario ganarse a la población civil para derrotar definitivamente a los grupos armados ilegales; demostrando que la Institución tenía un compromiso irrestricto con el territorio, y que incluso los señores almirantes podían despachar desde los territorios y no desde Cartagena. “Eso fue un golpe anímico para los soldados, y un mensaje contundente para la población”, afirma el Sargento Godín. Se abrieron 5 Casas del Almirante en zonas estratégicas de la región, en zonas donde la gente anhelaba la paz, pero donde también se necesitaban procesos de desarrollo y de inversión en lo social.

La “Casa” ofrecía un mensaje innovador: era una casa como cualquier otra del municipio, allí no habían las normales restricciones de ingreso de cualquier instalación militar, ni la presencia de la infraestructura armada propia de estas instalaciones; por el contrario, era un lugar de puertas abiertas, en el que la gente encontraba a los Infantes como unos vecinos más con los que podían interactuar y compartir su cotidianidad.

Rápidamente, estas Casas empezaron a generar resultados positivos: una población que respaldó y protegió a los Infantes, el número de declaraciones en contra de los grupos armados ilegales empezó a ser más constante y las posibilidades de realizar las labores de inteligencia fueron cada vez más expeditas. Todo ello fue incidente y definitivo para que la Armada Nacional consiguiera —con el apoyo de la Fuerza Pública— la victoria en la región de los Montes de María.

Godín recuerda que la estrategia implicaba seguir desarrollando acciones militares, pero acompañadas de una mejor y mayor relación con la ciudadanía; por ello cree que estas Casas sí fueron influyentes para consolidar la seguridad en la región. También señala que la persistencia de estas mismas está asociada con el éxito que han tenido y al reclamo de la comunidad para que sigan haciendo cosas buenas: “A veces se encuentra uno con niños del pueblo, y nos dicen: ¡ustedes hace rato no nos visitan!, es muy bueno ver cómo la gente nos quiere y valora lo que hacemos”.

Entre las acciones más destacadas que se realizan por parte de estas Casas se destacan tres importantes actividades: primero, el programa GEOS, con el que se atiende a población infantil y juvenil. A través de este programa se brindan campañas de recreación, esparcimiento y apoyo educativo a este grupo poblacional, alejándolo de flagelos como la droga o la cultura del ocio y de la ilegalidad. “Continuamente llevamos a niños de zonas muy pobres a Cartagena, allí tienen un contacto directo con los atractivos históricos, culturales y turísticos de la ciudad”, señaló Godín.

Otra actividad importante es el programa denominado “Jornadas de apoyo al desarrollo”, estrategias de generación de ingresos y de mitigación de la pobreza, que han traído muy buenos resultados. A través de este se han consolidado pequeños proyectos productivos en el municipio, en el que mujeres y ancianos han encontrado oportunidades de trabajo. Así mismo, este programa ha permitido que —con el apoyo del sector privado— se invierta en la adecuación, saneamiento y mejoramiento de las casas, escuelas y vías del municipio: “Nosotros buscamos quién ponga los materiales, y los Infantes y la comunidad ponen la mano de obra. Una vez arreglamos una escuelita”.

Finalmente, se desarrollan brigadas médicas en las zonas rurales más apartadas, allí donde otras instituciones del Estado no pueden llegar. La Armada Nacional ha llevado médicos militares y civiles para atender las necesidades de la población, garantizando que

estas comunidades cuenten con servicios médicos y odontológicos básicos. El Sargento Godín cuenta que en ocasiones llegan médicos civiles con muchas prevenciones y sustos por la historia violenta de la región, pero que después de que la conocen, y se dan cuenta del cambio, se van enamorados y con ganas de volver. La Casa del Almirante también ha sido útil para romper los estigmas y las prevenciones con esta región del país.

Integración interinstitucional: La clave del éxito

En esta tarea no han estado solos, a través de los años han consolidado unas relaciones de trabajo con otras entidades públicas como la Alcaldía y Consejo Municipal, la Gobernación del Bolívar, la Policía Nacional —especialmente la Policía de Infancia y Adolescencia—, el Instituto Colombiano de Bienestar familiar, entre otras muchas entidades. Estas alianzas han sido fundamentales para poder mostrarles a la comunidad que el Estado va más allá de las Fuerzas Militares, y para evidenciar que la consolidación de la seguridad es un tema interagencial e interinstitucional.

También ha servido para consolidar la presencia del Estado, articulando esfuerzos, recursos y agendas en pro de la comunidad. A través de la Casa del Almirante, la Armada Nacional se ha convertido en un eslabón y articulador de la estrategia de consolidación y de paz del Estado colombiano.

También se han hecho alianzas con el sector privado, empresas como la Fundación Corona, Bavaria, Postobón, y otras tantas, han participado para desarrollar proyectos productivos y de saneamiento de infraestructura. Esto es fundamental, porque evidencia que hay una creciente confianza en la región por parte del sector empresarial.

Pero al final, la alianza más importante ha sido con el sector comunitario. En las Casas del Almirante se han desarrollado ollas comunitarias, actividades culturales y reuniones con líderes sociales. Un sector que otrora era contrario y distante a la Institución ha empezado a acercarse y a desarrollar actividades comunes con los Infantes. Para Godín, este ha sido el logro más importante.

Principales éxitos

La palabra éxito emerge en el diálogo con los Infantes que habitan, viven y trabajan en la Casa del Almirante. “Todo el trabajo ha sido un éxito, la comunidad nos conoce y hemos construido una amistad, garantizando sus derechos humanos en todos los sentidos”, señaló un Infante de Marina.

Este éxito no ha sido gratuito, ha significado el trabajo y dedicación de los miembros de la Armada, quienes a la fecha realizan en promedio 20 actividades de Acción Integral a través de la Casa del Almirante; 20 actividades que son de todo el provecho de la comunidad. Éxito que también se mide en la cada vez más sólida y fuerte relación con la comunidad.

Si bien esta Casa podría asumirse como una actividad exclusivamente de Acción Integral, va mucho más allá de ese servicio. Según palabras del Sargento Godín, los logros de la casa pueden categorizarse de la siguiente manera: un 80% es de Acción Integral, pero un 20% corresponde a estrategias para garantizar la seguridad “Toda actividad que realice la Armada Nacional a través de Acción Integral tiene un propósito de seguridad”, señaló.

La historia del fin del conflicto en los Montes de María incluye como uno de sus protagonistas principales a las Casas del Almirante. Haber ayudado a consolidar la paz en esta región ha sido el mayor logro.

Palabras de cierre

Como oficial de la Armada Nacional, la región de los Montes de María tiene un significado especial para mí. No solo porque los recorrí junto con mis hombres, palmo a palmo, cumpliendo así la misión constitucional de combatir a quienes intentaron arrebatarles a sus pobladores la tranquilidad, la seguridad y sus bienes. Sino porque llevo su sello marcado en mi corazón y en mi cuerpo, pues fui víctima de una emboscada perpetrada por el extinto Frente 35 de las FARC, en la que perdieron la vida tres héroes de la patria y otros más sufrimos heridas de consideración.

Esas heridas ayudaron a forjar mi carácter como oficial, un infante de marina con el alma llena de orgullo por su fuerza, un guerrero que solo buscó con sus actos aportar su grano de arena, en una región cuya población sufrió por cuenta de la violencia y la desolación.

Cuando miro atrás, veo pobladores que nacieron en tierras fértiles, de cultura alegre y tradiciones arraigadas que, sin pensarlo, se vieron inmersos en un conflicto, cuyas dinámicas intentamos vislumbrar en este libro. Hombres, mujeres y niños que hoy, como me sucedió a mí, merecen que la vida les dé otra oportunidad. Aquellos que vivieron la tragedia en carne propia, pero que ahora miran al horizonte con la esperanza de encontrarse con un país mejor.

Este libro no es solo la compilación de la historia del conflicto armado interno de esa región, es también el testimonio de superación,

resiliencia y empuje de la población de los Montes de María. De la búsqueda por recuperar la prosperidad de la zona y demostrar que quienes anteriormente fueron afectados hoy puedan convivir en paz y ser ejemplo de reconciliación.

Sea esta la oportunidad para generar un aporte a la construcción de la verdad y para que en cada una de las páginas de *La vida me dio otra oportunidad* no solo veamos reflejado el dolor de quienes estuvieron involucrados en el conflicto, sino que en cada testimonio encontremos aquello que nos permite evitar la repetición de estos actos de barbarie en el futuro.

Capitán de Navío Juan Gabriel Rozo Torres
Director Dirección de Víctimas,
Memoria Histórica y Justicia Transicional
Armada Nacional



Esta obra se editó en Ediciones USTA,
Departamento Editorial de la Universidad Santo Tomás.
Se usó papel propalcote de 300 gramos para la carátula y
papel bond beige de 75 gramos para páginas internas.
Tipografía de la familia More Pro y Handbook Pro.
Impreso por Xpress Estudio Gráfico y Digital S. A. S.
2018.



UNIVERSIDAD SANTO TOMÁS
PRIMER CLAUSTRO UNIVERSITARIO DE COLOMBIA

LA VIDA ME DIO OTRA OPORTUNIDAD no es solo el recuento de historias de dolor, es también la mirada sincera y optimista de quienes anhelan cambiar su propia historia, enmendar sus errores e imprimirle esperanza a sus vidas.

Fruto del trabajo mancomunado de grupos interdisciplinarios de la Armada Nacional y la Universidad Santo Tomás, esta obra estudia el contexto social, político, económico y militar de la historia que vivió la región de los Montes de María como consecuencia del conflicto.

Es, además, un aporte institucional al Sistema Integral de Verdad, Justicia, Reparación y No Repetición como parte del compromiso que tenemos con las nuevas generaciones de continuar en la construcción de la memoria y el tejido social para contribuir a restaurar la paz y alcanzar la reconciliación.

ISBN: 978-958-782-111-6

